

DEL PLUMISTA CALÍGRAFO AL SECRETARIO INSTRUIDO: FORMACIÓN, CARRERA Y PROMOCIÓN SOCIAL DE LOS OFICIALES DE LAS SECRETARÍAS DEL DESPACHO

From Calligrapher Scrivener to Trained Clerk: Education, Career and Social Promotion of the Officers in the Secre- tarías del Despacho

M. Victoria LÓPEZ-CORDÓN CORTEZO

Universidad Complutense de Madrid
Correo-e: mvlcordon@gmail.com

RESUMEN: El *habitus* burocrático, como el judicial, es fruto de un sistema de disposiciones duraderas que disciplinaban la práctica y la representación de los actores. El objeto de este estudio es un grupo definido de burócratas llamados a ser los verdaderos nervios de la administración, los oficiales, o los dependientes, de las distintas secretarías de la corte, hombres de pluma y oficina. El personal de las secretarías del despacho, un colectivo en torno a las 50 personas a comienzos del siglo XVIII, incluidos subalternos, triplicó sus efectivos a finales del mismo, con un reparto que nunca fue del todo homogéneo entre los distintos departamentos. Su reclutamiento procedía de la propia administración, bien directamente, tomándolo de otras instituciones, especialmente las secretarías de los consejos, o a través de una captación clientelar que presumía el aprendizaje. Su *praxis* no se aprendía en los colegios de latinidad, ni en las universidades, sino a través del ejercicio casi mecánico de ordenar, repartir y hacer legible lo que, en muchos casos, eran poco más que borradores o unos simples apuntamientos. Sus trayectorias muestran que, más allá de las pericias formales imprescindibles, quienes querían hacer carrera necesitaban aplicarse y adquirir otros

conocimientos, así como desarrollar una cierta habilidad para «ser vistos» dentro y fuera de la oficina.

Palabras clave: Oficiales; Secretarías del Despacho; siglo XVIII; Consejos; Corte.

ABSTRACT: The bureaucratic *habitus*, like the judicial one, was a system of durable dispositions that disciplined the praxis and the representation of the actors. The object of this study is a group of bureaucrats who were to become the backbone of the administration, the officers of the different *Secretarías de la Corte*, men of pen and office. The staff of the *Secretarías del Despacho*, which was a fifty people collective at the beginning of the 18th century, tripled by the end of this century. They were recruited from within the administration, either from other institutions or through a clientelist procedure that presumed previous training. Their praxis was not learnt in Latin schools or universities, but through the almost mechanical practice of ordering, distributing and turning simple drafts into readable documents. Their careers show that, in order to succeed, they needed to acquire knowledge beyond formal expertise as well as the skill of making themselves «visible» inside and outside the office.

Key words: Officers; *Secretarías del Despacho*; 18th Century; Councils; Court.

1. DE LA COVACHUELA A LOS MINISTERIOS: UNA PLANTA QUE CRECE, UN OFICIO QUE SE TRANSFORMA

En el siglo XVIII, el soberano no es una metáfora, sino un principio activo en la administración, ya que es el único que puede recompensar a sus miembros en función de sus servicios. La concesión es una gracia, voluntaria y libremente otorgada. No tiene que rendir cuentas, sino que su voluntad se registra, simplemente, aunque haya documentos preparatorios que suelen ser más explícitos que la disposición escrita propiamente dicha. Decide, pero también delega y cada vez más, pues está rodeado de oficinas encargadas de ordenar peticiones y propuestas en una serie de expedientes que se presentan a su dictamen. Escoge a su arbitrio, pero también es garante de la unidad y relativa igualdad del sistema, porque todos los actores, independientemente de su origen, pueden verse favorecidos, si respetan ciertas reglas¹. En las instituciones

1. DEDIEU, J. P.: *Après le roi. Essai sur l'effondrement de la monarchie espagnole*. Madrid, 2010, pp. 14-20.

de carácter horizontal y colegiado, en las que no había una relación jerárquica entre sus distintos miembros que, además, solían tener trayectorias profesionales muy distintas, esta acción tenía lugar en el momento de nombramiento, sin que los cambios posteriores variaran en mucho la posición inicial, especialmente cuando se fueron convirtiendo en instituciones de término. En los cargos de desempeño individual, en que se aplicaba el principio «a los oficios, persona», la elección, por el contrario, tenía principio y fin, por lo que necesitaba reiterarse para tener continuidad. Por ello no fueron las instituciones colegiadas, ni tampoco las unipersonales, incluso cuando se normalizó en ellas una carrera reglada, como fue el caso de corregidores o intendentes, las que mejor expresaron un estilo de vida específico que, con cierto anacronismo, podría denominarse burocrático. En ambas, el nacimiento, la familia, la posición, las necesidades del rey o, incluso, la experiencia, jugaron un importante papel pero, al no tratarse de oficios propiamente administrativos, solían delegar estas funciones en otros cuerpos, de manera que no necesitaban para su desempeño pericias, formales o discursivas, indispensables para su ejercicio. Es decir, no existían parámetros de partida que necesitaran acreditarse a la hora de postular y obtener el nombramiento.

No era el caso de la magistratura, que se caracterizó por un estilo propio que impregnó su lenguaje y su representación. Contó pronto con requisitos de entrada y un ejercicio regulado de sus cometidos, lo que dio al conjunto de sus miembros una verdadera identidad colectiva. Magistrados había no solo en los tribunales de justicia, sino en todos los consejos, en mayor o menor proporción: en unos casos, como en el de Estado, solo de manera indirecta, pero en otros en planta, de forma habitual o durante determinados periodos, como fue el caso de los de Indias, Guerra e Inquisición, aunque solo en el caso del de Castilla, donde no había consejeros de capa y espada, suponía la culminación de una larga carrera, cuyo requisito inicial era desde 1493 el haber cursado 10 años de estudios en la Universidad y tener, al menos, 26 años². Con la excepción de su presidente o gobernador, que podía no ser letrado, todos sus miembros, mayoritariamente colegiales hasta la reforma de Carlos III, pero también manteístas, eran juristas y comenzaban su periplo administrativo ejerciendo un cargo en un tribunal, audiencia o chancillería, lo que les obligaba a pasar un tiempo fuera de la corte. En el siglo XVIII, no solo había un *corpus* relativamente extenso de magistrados cuyas trayectorias profesionales respondían a un *cursus* reglado, sino que ambas características

2. Sobre la significación social de estos magistrados, sigue siendo fundamental la obra de FAYARD, J.: *Les membres du Conseil de Castille à l'époque moderne (1621-174)*. Ginebra, 1979. De reciente aparición es el estudio de CASTRO, C.: *El consejo de Castilla en la Historia de España (1621-1768)*. Madrid, 2015.

quedaban reflejadas en la tabla de retribuciones establecida por Real Decreto en 1763. Entonces, el recorrido tradicional por los tribunales territoriales no siempre se cumplía, ya que no pocos abogados reconocidos iniciaban su carrera en puestos no estrictamente de entrada, como fiscales o, incluso, consejeros, pero también en este caso la formación jurídica previa y el ejercicio profesional eran elementos que se tenían muy en cuenta. Tampoco todas las audiencias tenían el mismo peso a la hora de la promoción, ya que, en algunas, la reserva de plazas a favor de los naturales o el corto número de jueces, hacían más difíciles los ascensos, mientras que en otras, especialmente si había jueces civiles y criminales, sus titulares solían quedarse poco tiempo tanto en la plaza como en el tribunal³. Pero, aunque las pautas de reclutamiento variaran y los destinos no fueran igualmente prometedores, la diligencia, la experiencia y la gravedad formaban parte de la representación social de un magistrado, que además contaban para el desempeño material de su trabajo con no pocos oficiales de pluma, buena parte de los cuales disfrutaban de un oficio patrimonializado, cuando no enajenado⁴. Los de receptor, escribano y portero fueron especialmente solicitados, pero también los de registrador y aguacil, de manera que, aunque algunos reformistas como Macanaz clamaban contra sus efectos, quienes resultaban beneficiados seguían acumulándolos y negociando con ellos, conscientes del prestigio y los beneficios económicos que proporcionaban⁵. Ignorantes o competentes, los tribunales estaban en manos de los subalternos, mientras que los ministros se dedicaban a la función gubernativa asociada al cargo. Solo los más responsables intentaban mejorar la imagen heredada con la aureola que proporcionaba su manera «ilustrada» no solo de vivir, sino de desempeñar su función⁶.

El *habitus* de jueces y fiscales que se iniciaba con su formación universitaria y se conformaba en el ejercicio de su función es, sin duda, como ha señalado Bourdieu, especialmente denso, debido al peso de su dimensión simbólica. Como él, también el burocrático es fruto de un sistema de disposiciones duraderas que disciplinaban la práctica y la representación de los actores, pero su funcionalidad resulta más explícita, al menos desde la perspectiva que se quiere tratar aquí⁷. De ahí que no sea la magistratura el objeto de mi estudio, sino de un grupo definido

3. MOLAS RIBALTA, P.: *Los Magistrados de la Ilustración*. Madrid, 2001.

4. GÓMEZ GONZÁLEZ, I.: *La justicia en Almoneda. La venta de oficios en la Chancillería de Granada (1505-1834)*. Granada, 2000, pp. 48-51.

5. *Idem*, pp. 136-142.

6. JOVELLANOS, M. G.: *El delincuente honrado*. Madrid, 2008.

7. GARCÍA INDA, A.: «Introducción. La razón del derecho: entre habitus y campo», en BOURDIEU, P.: *Poder, derecho y clases sociales*. Bilbao, 2000, pp. 9-60; y BOURDIEU, P.: *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona, 1997.

de burócratas llamados a ser los verdaderos nervios de la administración, los oficiales, o los dependientes, de las distintas secretarías de la corte. Hombres de pluma y oficina, «por naturaleza de su empleo», que no era otro que «escribir o hacer escribir, formar o dictar todos los papeles pertenecientes a estos asuntos gubernativos y entender en su despacho... que las mas de las veces exigen reserva y secreto»⁸.

Mucho se ha escrito sobre ellos, unas veces ellos a través de los textos legales o de tratadistas, al modo de lo que hicieron García Marín o Martínez Robles⁹, otras mediante estudios institucionales que han permitido conocer la evolución y las características de su empleo a lo largo de distintos periodos, gracias a las aportaciones de J. A. Escudero, R. Gómez Rivero, M. Gómez Gómez, B. Badorrey y otros muchos¹⁰. Sobre estas bases, mis propias investigaciones me han llevado a preguntarme, en más de una ocasión, en qué medida el *hábitat* angosto de las oficinas palatinas ha contribuido a conformar el *habitus* de los oficiales que trabajaban en ellas, obligados como estaban a una permanencia prolongada y a una convivencia continua en esas dependencias¹¹.

No es mi objetivo, ahora, tratar esta cuestión más que colateralmente y tampoco abordar el largo y contradictorio proceso de conformación de una monarquía administrativa en España, sino de relacionar uno y otro con el objetivo común de los trabajos que aquí se presentan: cómo, bajo su influencia, algunos oficios públicos se transforman y, con ello, la práctica diaria de su ejercicio. Tenían la indudable ventaja de ser un colectivo pequeño pero bien diferenciado, que supo aprovechar el papel cada vez más determinante de sus funciones en beneficio propio. De ahí que no tardaran en proyectar la creciente consideración de que gozaban para involucrarse en distintas actividades, académicas, literarias o políticas, que estaban al margen de su actividad profesional, pero que repercutían favorablemente sobre ella, hasta el punto de variar sustancialmente la consideración social

8. HENRY, A.: *El oficinista instruido, o práctica de oficinas reales*. Madrid, 1815, p. 22.

9. GARCÍA MARÍN, J.: *La burocracia castellana bajo los Austrias*. Madrid, 1986; MARTÍNEZ ROBLES, M.: *Los oficiales de las secretarías de la Corte bajo los Austrias y los Borbones, 1517-1812*. Madrid, 1988.

10. ESCUDERO, J. M.: *Los secretarios de Estado y del Despacho (1474-1724)*, 4 vols. Madrid, 1969, y *Los orígenes del Consejo de Ministros en España*. Madrid, 1970; BERNARD, G.: *Le Secrétariat d'Etat et le Conseil Espagnol des Indes, 1700-1808*. Ginebra, 1972; GÓMEZ GÓMEZ, M.: *Forma y expedición del documento en la secretaría de Estado y del Despacho de Indias*. Sevilla, 1993; BADORRE, B.: *Los orígenes del Ministerio de Asuntos Exteriores (1714-1808)*. Madrid, 1999; DECIMON, R., SCHAUB, J. F. y VINCENT, B. (coords.): *Les figures de L'administrateur*. París, 1997; GÓMEZ RIVERO, R.: *El ministerio de Justicia en España (1714-1807)*. Madrid, 1999.

11. BOURDIEU, P.: «Efectos de lugar», en *idem* (coord.): *La miseria del mundo*. Madrid, 1999, pp. 119-124.

de que gozaban¹². A lo largo del proceso fueron cambiando los nombres con los se les designaba, pendolistas, plumistas, covachuelistas, oficiales, empleados, y el del lugar donde desempeñaban su función, arrinconando paulatinamente el expresivo término de covachuela en favor del de secretaría y, ya en los primeros años del XIX, por el más distinguido de ministerio.

La formación, los cometidos y la apariencia fueron cambiando, pero para caracterizarlos seguía siendo válidos los términos que, desde las *Las Partidas*, definían su cometido y su habilidad, los de oficio y escribano. El primero se describía como «servicio señalado en que un hombre es puesto para servir al rey o al común de alguna ciudad o villa»¹³. Del segundo se decía «que tanto quiere decir como hombre que es sabedor de escribir»¹⁴, precisándose después que deben ser «buenos y entendidos, mayormente los de la casa del rey» y, sobre todo, «que sepan guardar los secretos»¹⁵. Es decir, como ellos, los oficiales de las secretarías eran sujetos cuyo instrumento de trabajo era la pluma, su obligación el secreto profesional y su nombramiento, al menos en última instancia, una regalía regia. Precisamente porque dependían del monarca, no de instancias inferiores, su actividad no se dirigía a la formación y registro de escrituras entre particulares, ni mucho menos cobraban personalmente por su trabajo, sino que percibían un salario que pagaba la Real Tesorería. Formaban parte del «cuerpo de la monarquía»¹⁶ y el carácter público de su oficio nunca ofreció ninguna duda, pero también eran «pendolistas» o escribientes, es decir, personas que debían escribir «diestra o gallardamente», es decir, ser buenos calígrafos, porque sin esta pericia difícilmente podían cumplir su cometido. Su misión era auxiliar a sus superiores en las cosas propias de la institución en que prestaban servicio pero, dado el creciente volumen de papeles, pronto tuvieron que repartir la materialidad de las tareas que no podían atender entre sus inferiores que eran los escribanos y escribientes propiamente dichos.

Donde primero se puso en marcha este proceso fue en los consejos, el órgano fundamental de administración y gobierno de la monarquía de los Austrias, expresión de su diversidad territorial que, con la excepción del de Navarra, residían en la corte y tenían su sede en el Alcázar. Eran instituciones pluripersonales y de carácter consultivo, pero investidos de una serie de competencias no solo

12. LÓPEZ-CORDÓN, M. V.: «Officiers et caballeros: l'éducation de la noblesse de robe en Espagne au XVIII^e siècle», en BOUNEAU, Ch. y LE MAO, C. (coords.): *Jeunesse(s) et élites: des rapports paeadoxaaux en Europe*. Rennes, 2009, pp. 77-88.

13. *Partidas*, II, tit. 9, ley 1.

14. *Partidas*, II, tit. 19, ley 1.

15. *Partidas*, II, tit. 19, ley 2.

16. MARTÍNEZ ROBLES, *op. cit.*, p. 25.

administrativas, sino jurisdiccionales, lo cual quiere decir que recibían y generaban muchos escritos que había que redactar, extractar y copiar, para elevarlas al rey, dar cuenta de las consultas que hacían los consejeros y, una vez pronunciada la voluntad regia, conformarla a la forma administrativa correspondiente. Un trabajo que no correspondía realizar a sus miembros titulares, los consejeros, que eran nobles, eclesiásticos, militares, embajadores o magistrados, sino a los secretarios de cada consejo, que tampoco podían abarcarlo por sí mismos, sino que debieron organizar en torno suyo una oficina o secretaría, en la que su titular, los oficiales y los subalternos eran el engranaje en la sombra del sistema. Solo en el caso del Consejo de Estado, los secretarios se convirtieron en el lazo que unía a este organismo con el monarca, el resto, como escribió Bermúdez de Pedraza, debían hacer honor al origen de su nombre, quedando su actividad marcada «por el silencio que guardan en las cosas que los príncipes les comunican»¹⁷.

En todos los casos, primero fue el titular, el secretario y después la oficina, la secretaría, en la que el resto del personal trabajaba a sus órdenes. Su objetivo era «la formación, giro y despacho de las votaciones que hacían sus consejeros», el recibo y respuesta de la correspondencia, la formación de extractos e informes que debían acompañar a todo ello¹⁸. Un conjunto de tareas complementarias y distintas que obligó a que los oficiales de estas instituciones se organizaran muy tempranamente en grados, practicaran una temprana división del trabajo y establecieran turnos y horarios, todo ello compartiendo no solo el cuarto y la mesa, sino los instrumentos de trabajo y las pautas para su uso.

No eran, desde luego, los únicos secretarios que existían en la administración, sino que había otros al servicio directo del monarca, unos personales, y otros dentro de la estructura de la Casa del Rey, que fueron quedando relegados ya con Felipe III, en que empezaron a proveerse *ad honores* en personas que servían en las secretarías de los consejos. Un grado importante en el proceso de la dignificación de su actividad. Paralelamente, como el gobierno discurría por la vía de los validos, fueron estos los que, debido a la necesidad de dar forma escrita al despacho a boca, reclamaron personas que trabajaran con ellos, función que ya con Felipe IV y el conde Duque se institucionalizó en la figura del secretario del despacho. Nombramiento que pronto empezó a recaer en uno de los secretarios de Estado, pero sin confundirse nunca con él, como prueba el que terminara prevaleciendo¹⁹.

17. BERMÚDEZ DE PEDRAZA, F.: *El secretario del Rey*. Madrid, 1620, 15 y 15v. Dos siglos después, la obligación de guardar secreto siguió caracterizando su función, HENRY, *op. cit.*, p. 22.

18. *Idem*, pp. 43-46.

19. ESCUDERO, *op. cit.*, I, pp. 252-254.

Con el nuevo cargo nació la Covachuela, es decir, la secretaría-oficina, que convivió con las de los distintos consejos. A su personal se le llama oficiales, aunque no lo fueran propiamente, porque lo que desempeñan no era un oficio, sino un empleo, palabra utilizada en relación con los puestos asignados por el rey a personas de su confianza. Unos y otros constituían lo ya en siglo XVIII se llamaba con toda propiedad una oficina, es decir, una pieza que seguía siendo baja, alargada y con mesas, donde además de papel y pluma se fueron incorporando anaqueles para libros y archivo.

La evolución de las secretarías de los consejos y de la del despacho estuvo, en buena medida, condicionada por la transición dinástica²⁰. Entre la muerte de Carlos II y la vuelta de Felipe V de Italia, la administración se paralizó y solo la Secretaría del Despacho Universal, regentada entonces por Francisco Ubilla, mantuvo cierta actividad, tanto porque sus funciones se realizaban al margen de los consejos, como porque su titular era miembro de la Junta de Gobierno que entonces se creó para despachar los asuntos más urgentes. Su existencia respondía a una doble necesidad, burocrática, la resolución formal de todos los papeles, y coordinadora, ya que recibía información por distintos conductos y podía interrelacionar los problemas en los distintos territorios. Ubilla era un buen conocedor de los mecanismos del poder, tanto por sus largos servicios burocráticos como porque había vivido de cerca las intrigas que rodearon la sucesión, hasta el punto de ser él quien extendió el último testamento de Carlos II²¹. No es extraño por tanto que, nada más llegar Felipe V a Madrid, formara parte del Consejo de Despacho o de Gabinete que entonces se estableció. Tras la dimisión de Portocarrero en 1703 su posición se afianzó, pero el problema fue que, debido a la atonía de los consejos, la cantidad de papeles que pasaban por sus manos era tan grande que, ni él, ni su reducida oficina, podían atenderlos debidamente. Para solucionarlo hubo que repartir los asuntos por materias, encargando parte de su tramitación al marqués de Canales, D. Manuel Coloma y Escolano, un hombre cercano a Orry, que, sin ser formalmente secretario, despachaba directamente con el rey y se ocupaba de todo lo relativo a la guerra. La Secretaría nunca llegó a dividirse formalmente y mantuvo una única oficina, pero avivó los recelos de la alta nobleza, deseosa de restablecer el papel de los consejos, ante el creciente papel de los burócratas. Pero la necesidad de agilizar la expedición de los negocios se impuso. Así, un Real Decreto de 11 de

20. LÓPEZ-CORDÓN, M. V.: «Secretarios y secretarías en la edad moderna», en *Studia Historica. Historia Moderna*, 15, 1996, pp. 107-134.

21. ESCUDERO, *op. cit.*, I, p. 277; CASTRO, C.: *A la sombra de Felipe V. José de Grimaldo, ministro responsable (1703-1726)*. Madrid, 2004, p. 37; HAMER FLORES, A.: *El secretario del despacho D. Antonio de Ubilla y Medina, Su vida y su obra (1643-1726)*. Córdoba, 2013.

julio de 1705, dividió la Secretaría del Despacho en dos: una encargada de «todo lo relativo a Guerra y Hacienda» y otra con competencias en «todo lo demás». A su frente se nombró a dos hombres de experiencia y cometidos desiguales, José de Grimaldo y Pedro Fernández Campos, marqués de la Mejorada y supuso también el desdoblamiento de la oficina única hasta entonces existente²². También obligó a tomar medidas tendentes a clarificar su relación con las secretarías del Consejo de Estado, cuyos negociados, Italia y Norte, quedaron unificados un año más tarde, manteniéndose su propiedad en la persona de uno de los titulares del Despacho²³. Sobre estas bases, otro Real Decreto de 30 de noviembre de 1714 articuló un sistema más racional y complejo con la creación de cuatro secretarías del Despacho, encargadas de los negociados de Estado, Asuntos Eclesiásticos y Justicia, Guerra y Marina e Indias y el nombramiento de un veedor general para las cuestiones de Hacienda²⁴. La disposición fue comunicada a todos los consejos para que remitiesen los asuntos a los secretarios de su misma titulación, con lo que el sentido de la relación entre ambas instituciones quedó perfectamente explícito. La división en competencias supuso la multiplicación de las oficinas y, por tanto, del personal, que se organizaron siguiendo los criterios de jerarquía y afinidad.

Frente a la indeterminación de la etapa austriaca, el Decreto de 1714 supuso un cambio sustancial que transformó el régimen de gobierno de la monarquía española y le dio una estructura vertical, al tiempo que diferenciaba las distintas materias de gobierno²⁵. Lo cual no quiere decir que las competencias de las secretarías quedaran reducidas al ramo que les daba nombre. Todos los departamentos tenían, además de las que les eran propias, otras muchas de carácter indeterminado. El secretario de lo que después se llamara de Gracia y Justicia, además de sus funciones judiciales, afirmaba su autoridad sobre dos dominios privilegiados: el eclesiástico, y el administrativo, como centro de relación, nombramiento y control de otras instituciones²⁶. Era, por tanto, un instrumento al servicio de la política

22. LÓPEZ-CORDÓN, M. V.: «Instauración dinástica y reformismo administrativo: la implantación del sistema ministerial», *Manuscripts*, 18, 2000, pp. 96-98.

23. En 1717, la secretaría del consejo de Estado se fusionó con la del Consejo de Guerra, quedando el título de secretarios de Estado exclusividad para los del Despacho, ESCUDERO, *op. cit.*, I, p. 285.

24. *Novísima Recopilación de las Leyes de España*. Madrid, Imprenta Real, 1804 (NOV. REC.) libro. III, tit. VI, ley IV.

25. De la de Estado, pasaron a depender los «embajadores, residentes y secretarios»; de Justicia, «cancillerías, audiencias, corregidores y alcaldes»; oficiales y soldados, de la de Guerra; y virreyes, gobernadores y tribunales americanos, de la de Indias. BERMEJO, J. L. B.: *Estudios sobre la administración central española (siglos XVII y XVIII)*. Madrid, 1982, p. 41.

26. LÓPEZ-CORDÓN, M. V.: «Les nouveaux commis: le secrétariat d'État de Grâce et Justice», en DECIMON, SCHAUB y VINCENT (coords.), *op. cit.*, pp. 202-206.

regalista y del reformismo administrativo, asuntos estos que también transcurrían bajo la autoridad del Consejo y la Cámara de Castilla, que tenía a su cargo esas mismas materias. El veedor general, que pronto pasó a denominarse secretario de Hacienda, debía, nada menos, que poner en marcha la reforma del sistema fiscal, lo que repercutió en la lenta y compleja gestación de este departamento²⁷. Los nombres y la estructura en cinco departamentos se estabilizaron a partir de 1724, pero de forma más nominal que real, por acumularse varias de ellas en la persona de un mismo secretario²⁸. Fue a partir de los decretos de 1754, cuando se precisaron mejor funciones y competencias, al tiempo que sus oficinas crecieron²⁹. En 1787, Floridablanca llevó a cabo la división de los asuntos de Marina e Indias, separando los de Gracia y Justicia de Indias de los de Hacienda y Guerra, con lo que su número se elevó a siete, aunque por poco tiempo, ya que en 1790 se suprimieron y se repartieron sus competencias entre las más afines³⁰. El Conde de Aranda no introdujo ninguna modificación en su número y tampoco lo hizo Manuel Godoy, de manera que, hasta la Guerra de la Independencia, no hubo modificaciones significativas.

2. LA MUESTRA, LA ORGANIZACIÓN, EL MARCO ESPACIAL

Este rápido recorrido institucional resulta necesario a la hora de analizar la *muestra elegida*, el personal de las secretarías del despacho, un colectivo en torno a las 50 personas, incluidos subalternos, a comienzos del siglo, que triplicó sus efectivos a finales del mismo, con un reparto que nunca fue del todo homogéneo entre los distintos departamentos. Su *reclutamiento procedía de la propia administración*, bien directamente, tomándolo de otras instituciones, especialmente las secretarías de los consejos, o a través de una captación clientelar que presumía el aprendizaje. Esto no era una arbitrariedad, sino una necesidad en un oficio dirigido a copiar, sintetizar, tramitar y documentar los papeles que llegaban a la oficina para su resolución posterior y que, a su vez, tenía incorporadas funciones de tesorería respecto al propio departamento. Es decir, *su praxis*, no se aprendía ni en los cole-

27. La secretaría quedó englobada entre 1717 y 1720 en la de Justicia y Gobierno político. DEDIEU, J. P. y RUÍZ, J. I.: «Tres momentos en la historia de la Real hacienda», *Cuadernos de Historia Moderna*, 15, 1994, p. 90.

28. D. José Patiño tuvo a su cargo Marina, Indias y Hacienda, Guerra, desde 1730 y la de Estado desde 1734. D. Sebastián de la Cuadra simultaneó Estado y Guerra, y D. José del Campillo las de Hacienda, Guerra y Marina e Indias, lo mismo que su sustituto, D. Cenón de Somodevila, marqués de la Ensenada, en 1743.

29. *Nov. Rec.* L. III, tit, VI, Leyes VII a XI.

30. *Nov. Rec.* L. III, tit, VI, Ley XVI.

gios de latinidad, ni los que se fundaron para la educación de la nobleza y mucho menos en las universidades, sino a través del ejercicio casi mecánico de ordenar, repartir y hacer legible lo que, en muchos casos, eran poco más que borradores o unos simples apuntamientos. Habían nacido para solucionar «atrasos» y permitir que el rey estuviera mejor «enterado» de los negocios de la monarquía³¹, pero esta labor requería tiempo, dedicación y no poca pericia, ya que los titulares, los secretarios de estado y del despacho, distaban mucho de ser siempre cuidadosos en el manejo de papeles o de tener una letra medianamente comprensible. Además, cuando llevaban varios departamentos, estaban tan ocupados que descuidaban el necesario contacto con sus oficinas. No fueron solo los tratadistas los que criticaban esta situación, los propios ministros también lo hicieron, en el convencimiento de que «puede haber un hombre que entienda bien dos secretarías, pero no lo puede haber que despache bien las dos»³². Más frecuentes fueron las críticas a «la oscuridad» de la redacción de los oficiales que se prestaba a no pocas confusiones. Para evitarlo, se fue imponiendo la idea de que no bastaba con transcribir y copiar, sino que debían «penetrar» el material que instruían, aunque esto supusiera delegar en otros las tareas más mecánicas³³.

Oficio de papeles, en manos de hidalgos, sobre todo, al principio, de ascendencia norteña, y cuyas trayectorias muestran que, más allá de las pericias formales imprescindibles, quienes querían hacer carrera necesitaban aplicarse y adquirir otros conocimientos, así como desarrollar una cierta habilidad para «ser visto» dentro y fuera de la oficina. Este fue el caso de Pedro Fernández Campos, II marqués de Mejorada, nacido en 1656, a quien su padre, del mismo nombre, secretario de Estado del Norte entre 1665 y 1669 y de Italia entre esta fecha y 1776, había introducido tempranamente en la corte primero como menino de la reina, gentilhombre de boca y acemilero real. Pero además de estos puestos palatinos también entró en la administración, ascendiendo hasta ocupar la secretaría del Real Patronato de Castilla de la Cámara de Castilla en 1688. A la muerte de su padre heredó no solo el título sino la disposición para el manejo de distintos asuntos de gobierno, lo cual le valió ya con la nueva dinastía primero el nombramiento de secretario para la secretaría de Italia del Consejo de Estado y, pocos meses más tarde, de secretario de Estado y del Despacho Universal para todo lo que no era de Guerra

31. Real Decreto [en adelante RD] de 30 de noviembre de 18714. En *Nov. Rec.* Libro III, tit., VI, ley IV.

32. CARVAJAL Y LANCASTER, J. de: *Testamento político o idea de un gobierno católico* (1745), ed. DELCADO BARRADO, J. M. Córdoba, 1999, p. 67.

33. MORA Y JARABA, P.: *La ciencia vindicada contra los plumistas y definición de las Secretarías de Despacho Universal...* (1747), publicado por ESCUDERO, J. A.: *op. cit.*, IV, pp. 1170-1173.

o Hacienda. Cesó en ambos puestos en abril de 1714, recibiendo el nombramiento de consejero de Estado, que mantuvo hasta su muerte en 1721³⁴. Mejor conocida su figura, José de Grimaldo, de familia genovesa asentada en Madrid e hijo y nieto de oficiales del Consejo de Indias y oficial el mismo allí durante 28 años en los que pasó de meritorio con apenas 15 años a oficial 2º en 1697. Su situación cambió con la llegada de la nueva dinastía, al pasar a ser uno de los oficiales de la secretaría de Canales y secretario personal de Jean Orry, todo lo cual le valió su primer nombramiento como secretario de Estado y del Despacho Universal de Guerra y Hacienda, que desempeñó 10 años. Secretario del Despacho Universal de Estado en 1714, con algunas interferencias como la de Alberoni, desempeñó su puesto hasta la renuncia del rey en 1724, pero volvió a ocuparlo, brevemente, en 1726. Entonces se retiró como consejero de estado hasta su muerte en 1733. Hombre de confianza de Felipe V, marques y caballero de la Orden del Toisón de Oro, fue un gran conocedor de la administración y de la política de su época, pero fue, sobre todo, un hombre del rey, trabajador y posibilista, cuya trayectoria es también un buen ejemplo de que la promoción de los oficiales expertos, si no rápida, era posible.

Pero además del estímulo que suponía esa misma posibilidad, por razones relacionadas con el carácter público del nombramiento, *los oficios que desempeñaban oficiales tenían entre sus características el ser «permanentes y fijos»*, lo cual, si por un lado proporcionó una gran estabilidad en las plantillas, por otro supuso una larga y forzada convivencia entre los empleados, con un tiempo de permanencia en el puesto que pasó de los 30 a los 20 años a finales del reinado de Carlos III. Con su sucesor, esta pauta se redujo drásticamente produciendo un auténtico cambio generacional. Hubo, por lo tanto, tiempo más que suficiente para desarrollar amistades y enemistades, estrechar lazos familiares, buscar apoyos y formar no pocas camarillas que se prolongaban en el tiempo y en las que se iban integrando los recién incorporados. Igualmente, como la promoción era reglada, en aquellas ocasiones en que se resolvía *per saltum* se originaron protestas y desaires que, en ocasiones, hacían difícil la integración del recién llegado. Esto les ocurrió, en el caso de la de Estado, a Estanislao de Lugo, que procedía de la de Gracia y Justicia y era «criatura» del conde de Aranda, a Antonio Ranz Romanillos, que entró por Cevallos y a Pedro Gómez Labrador, que contó nada menos que con el apoyo de la reina para su nombramiento³⁵. Las interferencias y el papel decisivo de los

34. Fichoz nºº 003198, ESCIDERO, *cit. supra*, I, 297-298, IV, p. 1071-1073; CASTRO, *op. cit.*, p. 103, 155-158 y 227-230.

35. LÓPEZ-CORDÓN, *op. cit.*, pp. 117-125; BADORREY, *op. cit.*, pp. 393-398.

propios secretarios resulta evidente, pero eso no oculta que el malestar ante los posibles excesos exprese un precoz sentido de cuerpo.

Con independencia de estas características institucionales y de los conocimientos previos que los oficiales tuvieran al incorporarse al puesto, su situación, personal y profesional, se vio beneficiada *por su proximidad al poder real*, una proximidad que, al dignificar sus cometidos, redundó no solo *en un positivo aumento de su prestigio institucional y personal, sino en su integración diaria en la vida cortesana*. Una serie de elementos contribuyen a explicarlo: *el primero, su propio quehacer específico, que se caracteriza no tanto por «manejar los papeles» indiscriminadamente, sino por «poner por escrito la voluntad de los reyes»³⁶. El segundo, por la cercanía física que las secretarías tenían con el Rey al tener como sede su propia Casa y comunicarse su titular con él por la vía reservada*. Los estrechos aposentos en la planta baja del viejo Alcázar, desde la reorganización de 1714 resultaron insuficientes, teniéndose que ampliar en varias ocasiones, tanto por el aumento del personal como para dar cabida a nuevas necesidades que hacían indispensable la existencia de archivos y bibliotecas específicas. Todo ello explica que, en 1717, pasaran los Consejos a ocupar el contiguo Palacio del Duque de Uceda, con las consiguientes protestas de quienes veían en este relativo alejamiento una prueba física de su decadencia³⁷. El incendio del Palacio en 1734 les obligó a trasladarse al Buen Retiro, donde siguieron aumentando sus dependencias, lo mismo que en los sucesivos proyectos del Palacio Nuevo, que culminaron en el proyecto final de Sabatini, inaugurado por Carlos III³⁸. Si el Palacio era, como decían los tratadistas, «una ciudad abreviada», donde el Rey podía constantemente «ver, oír y registrar» cuanto se practicase en consejos, covachuelas y gabinetes, todos los que en él residían se veían tocados de su grandeza y de su misterio porque, de la misma manera que S.M. podía «bajar y subir» por el conjunto de sus dependencias, también lo hacían quienes por oficio estaban instalados en ellas³⁹.

Fruto de esta cercanía fue que pronto los oficiales de las *Secretarías adquirieron privilegios propios del personal de corte*. Es decir, al ser nombrados para el cargo, quedaban inscritos en el libro... de la Real Casa como criados del rey, incluidos, desde Real Decreto 19 febrero 1740, los escribientes y archiveros. También se

36. PRADO Y ROZAS, P.: *Reglas para oficiales de secretarías...* Madrid, 1755, p. 15.

37. RD 20-I-1717.

38. LÓPEZ-CORDÓN, M. V.: «El Palacio Real como centro administrativo», en *III Curso de Archivos e Historia*. Madrid, 1994. La primera que se independizó de Palacio fue la de Estado, pasando su titular a residir cerca del antiguo palacio de D.^a María de Aragón. Ya en el XIX, allí se instalarán los demás ministerios, trasladándose, entonces, el de Estado a la casa de los Consejos.

39. LOSADA, M.: *El Palacio ideal...* Madrid, 1740.

trasladó al conjunto la posibilidad de ser nombrados *secretarios del rey*, algo que, en origen, solo había recaído en su titular. En el siglo XVIII este era ya un nombramiento exclusivamente honorífico, de carácter vitalicio, que debía ser solicitado por parte del interesado en determinada etapa de su carrera⁴⁰. Los oficiales mayores, con alguna excepción lo eran, siendo este un requisito imprescindible para quienes querían hacerse un hueco en el complicado entramado cortesano de la época. Por el contrario, los Ministros titulares, a no ser que lo fueran por ascenso, podían no poseerlo. El desplazamiento de este honor del titular hacia los oficiales no fue único: así, *el cargo de secretario de la Reina*, en 1747 pasó al archivero de la Primera Secretaría, quedando vinculada la correspondencia de la soberana con esta institución y más tarde, por extensión, la de toda la familia real.

También resulta significativa la estrecha conexión entre *algunas Secretarías y la propia estructura cortesana, al vincularse a su personal algunos cargos palatinos, como el introductor de embajadores*⁴¹, o *ser nombrados sus oficiales para formar parte de algunas comisiones de carácter administrativo o de tesorería*⁴². Esto afectó especialmente a la Secretaría de Estado, a quién correspondía por decreto, «lo perteneciente a Sitios Reales, Bosques y Alcázares» y «las concesiones de Grandeza» y la «insigne Orden del Toisón de Oro»⁴³; a la de Gracia y Justicia, que tenían entre sus competencias «todo lo concerniente a mis casas reales, con la provisión de empleo de jefes superiores, gentilhombres de cámara mayordomos de semana y de todos los demás criados dependientes de ella» y a la de Hacienda, a efectos de la contabilidad de pagos y sueldos y de la que dependía la real estampilla⁴⁴.

Tanto la ubicación en Palacio, como la integración en la vida cortesana, tuvieron una importante consecuencia que alteraba sustancialmente la vida personal y laboral de estos empleados, que consistía en *la rotación periódica de la Corte por los sitios reales y su incidencia tanto en el despacho como en la organización institucional*. No eran las únicas oficinas afectadas por estos desplazamientos, ya que los consejos también lo hacían, pero con una representación más pequeña. Estos desplazamientos eran ya habituales en época de Austrias, quienes acostumbraban a viajar acompañados por sus secretarios personales y los del Consejo de Estado. Pero Felipe V, en sus largas temporadas fuera de Madrid, impuso la costumbre de llevar siempre consigo a José Grimaldo, primero en su calidad de secretario

40. ESCUDERO, *op. cit.*, II, p. 570.

41. Dependía del Secretario de Estado, aunque el cargo siempre estuvo vinculado a un noble (SAINT SIMON, duque de: *Cuadro de la Corte de España en 1722*. Madrid, 1933, p. 222).

42. BENITO, E. de: «La Junta del Bureo», en *Cuadernos de Historia del derecho*, 1, 41-149.

43. RD 15-V-1754. *Nov. Rec.* III, VI, 7.

44. RD 26 VIII- 1754. *Nov. Rec.* III, VI, 6.

de Guerra y Hacienda y después de primer secretario de Estado⁴⁵, convirtiendo esta práctica en un hábito que asumieron sus sucesores.

Hacia los primeros días de cuaresma, escribe el duque de Saint-Simon, se trasladan desde el palacio Real al Buen Retiro, lo que no es mas que un cambio de barrio de Madrid. La semana de Pascua van a Aranjuez y las fiestas del Corpus le vuelve al Palacio de Madrid. Ocho días después van a pasar seis semanas a El Escorial, volviendo luego al Pardo, pero ahora es a Balsaín, desde que la Granja ha caído en desgracia. De allí vuelven al Escorial, después otra vez a Balsaín, deteniéndose algunos días en el Escorial y en el Pardo, regresan a Madrid a primeros de diciembre, donde, desde Pascua, no han pasado más que unos días⁴⁶.

A mediados del reinado de Felipe V, según refiere el vizconde de Buen Paso, el calendario se mantenía, con fechas todavía más precisas, aunque La Granja solía figurar como paso obligado. Para los monarcas aficionados a la caza como Carlos III, Valsaín fue sitio obligado y con Carlos IV se incorporaron al periplo los Baños de Sacedón. Es cierto que la geografía de los desplazamientos era reducida, ya que la comunicación con Madrid está asegurada en media jornada, pero el resultado fue un ir y venir de la corte a los sitios, con el consiguiente trajín de personas, carruajes y animales, en compañía de los criados propios y, a veces, de la propia familia. Era incómodo, caro y provocaba, incluso, frecuentes disgustos matrimoniales, porque las esposas no siempre aceptaban de buen grado compartir esta obligación. Lo sabemos, porque en las ayudas de costa que se solicitan para los viajes son frecuentes las alusiones a los costes de «adecentar» una casa o un apartamento digno, las quejas azuzadas por la estrechez de los cuartos asignados, o el dispendio ocasionado por una forzada doble residencia.

Mientras esto ocurría, la administración en el Alcázar se mantenía, aunque a menor ritmo, quedando asegurada la actividad cotidiana de las oficinas madrileñas a través de un correo oficial diario denominado «el Parte». Lo utilizaban los ministros que permanecían en la Covachuela para enviar los expedientes que precisaban la resolución regia y los secretarios desplazados junto con el de Estado, para comunicar las resoluciones reales. Con el correo se desplazaba también un oficial de archivo, para garantizar secreto y la conservación documental.

En los viajes resultaba decisiva la secretaría de Hacienda ya que debía proveer e inspeccionar los itinerarios y los fastos de las Casas Reales. También aprobar los gastos de contralores, veedores o furrieres, mayordomos mayores y caballerizos

45. El secretario «de todo lo demás» era el marqués de Mejorada, Pedro Fernández Campo.

46. SAINT-SIMON, duc de: *Mémoires*, ed. Boiliste, A., París, Hachette, 1901, t. 39, pp. 357 y ss.

mayores de Palacio que, con excepción de los mayordomos, debían proveer de mobiliario si tenían aposento y de carruajes a quienes se desplazaban, lo cual confería a esta oficina una evidente autoridad y un trabajo sobrevenido al tener que tramitar las órdenes a los corregidores sobre abastecimiento, alojamiento o caminos, ejerciendo funciones que eran propias de los alcaldes de Casa y Corte, que también solían acompañar a la comitiva real. Se entendía, en el caso de las jornadas reales, que al ser empresas de la Monarquía, debían costearse con dinero asignado de manera específica, de ahí que el secretario de Hacienda tuviera que supervisar el gasto que el viaje ocasionaba, intentando poner un cierto límite.

3. LA VIDA MATERIAL: EL TRABAJO EN LAS OFICINAS

Ya fuera en la covachuela del Alcázar hasta el incendio de 1734, en el Buen Retiro, o en un ala de la planta baja sobre los jardines del edificio de Sacheti, las secretarías y sus oficiales nunca contaron con un espacio desahogado para trabajar, sino una serie de piezas largas, angostas y mal iluminadas, que siguieron siendo así aunque ya no estuvieran en el sótano. Había ventanas, pero el frío y la incomodidad de las dependencias mejoraron poco. Siguieron creciendo las plantillas y también las dependencias para libros y archivos, traductores y cartógrafos, donde los había, expresaban sus exigencias. Los pretendientes, en su «visitas», o las personas interesadas en alguno de los variados asuntos sobre los que tenían competencia, tuvieron que irse acostumbrando a usar las improvisadas ventanillas que se pusieron para intimidarlos. A la mala iluminación se unía el desorden de unas mesas abarrotadas de papeles en las que sus titulares trabajaban en silencio, tan solo interrumpido por los rumores del abigarrado mundo que circulaba por los patios y la entrada continua de quienes lograban sortear la autoridad que en esa cuestión ejercían los porteros.

Por ello, cuando los secretarios vivían en Palacio, no pocas veces despachaban en sus cuartos, ya que el garito cerrado que constituía su privilegio no evitaba el ruido y las interrupciones. Cuando lo hacían en sus propias casas, se llevaban a ellas los papeles, costumbre que también practicaban los oficiales, a juzgar por las reiteradas prohibiciones de que no lo hicieran. Todo ello llevó a Grimaldi, en 1778, diez años después de inaugurarse el palacio, a encargar a Sabatini una residencia específica para sede de la Secretaría de Estado y casa de su titular, que disfrutaron sus sucesores, Floridablanca y, sobre todo, Godoy. También se construyeron en los sitios reales, como Aranjuez o el Escorial, casas de oficios, que facilitarían residencia y acomodo del personal y se dio orden expresa de que aquellos que no

cabían en ellas recibieran las mismas prestaciones de la furriera y las caballerizas que quienes se alojaban en ellas⁴⁷.

Desde Felipe V, la reorganización institucional afectó al régimen laboral. Se estableció un horario fijo que regulaba la jornada de trabajo, que estaba partida por el obligado paréntesis del almuerzo. Solo se cumplía relativamente, ya que no solo dependía de la urgencia de los asuntos o del correo, sino de las preferencias de los ministros y, desde luego, de los hábitos regios. Había secretarios que preferían trabajar hasta altas horas de la noche, reteniendo a sus órdenes directas algunos oficiales de su confianza. Grimaldo siempre estaba en su despacho y obligaba a sus oficiales a hacer lo mismo. De Carvajal, gracias a su correspondencia, conocemos que también era un trabajador infatigable, hasta el punto que la salud de sus colaboradores se resintió y que también era especialmente cuidadoso de las personas que seleccionaba⁴⁸. Tanto Grimaldi como Floridablanca tuvieron fama de duros y se preocuparon de mantener el buen orden interno. Cuando la Corte salía de Madrid, la mesa que se quedaba, la Segunda, vivía mucho más relajada, mientras que la Primera debía adaptarse a unas condiciones estivales a veces incómodas, pero más distendidas. Para evitar estos males, el conde de Aranda en 1792, obligó a que en todo caso las oficinas estuvieran abiertas de 10,30 a 13,30 y que a las 11 se reunieran los oficiales para repartirse el trabajo, permitiendo a los que no tuvieran nada que hacer o despacharan sus obligaciones con rapidez retirarse a sus casas. Godoy fue más estricto. Se entraba por la mañana de nueve a 10, según la estación, y se salía a las 15 y por la tarde se volvía de 18 a 19 en invierno, pudiéndose prolongar la jornada, en ocasiones, hasta la una de la madrugada. Además, como el duque de Alcudía entraba y salía constantemente de la oficina, controlaba muy eficazmente la asistencia de los empleados. Con su sucesor Saavedra, la asistencia se relajó hasta el punto de hacerse voluntaria⁴⁹.

No todas las secretarías tuvieron el mismo horario, ya que había necesidades específicas, que obligaban a adaptarse a ellas, y también presentaban diferencias con el del resto de la administración. La de Estado, que dependía de la llegada de los correos y que en su condición de Primera trataba de asuntos reservados o urgentes, solicitó en más de una ocasión, sin conseguirlo, un régimen especial, más flexible. En ella se hacía guardia de noche, lo que prolongaba hasta las 11 la jornada del oficial a quien tocaba cumplirla.

47. Archivo General de Palacio [en adelante AGP]: Reinados, Carlos IV, Cámara, leg. 5/1.

48. OZANAM, D.: *La diplomacia de Fernando VI. Correspondencia entre Carvajal y Huescar*. Madrid, 1975, pp. 65-69, 158-159 y 177-178. 68-9.

49. Archivo General de la Administración [en adelante AGA], Asuntos Exteriores [en adelante AE], caja 39.

Uno de los problemas que más afectaron a la imagen pública de los oficiales y que mejor muestra su evolución fue *el del vestido*. Como covachuelistas, hasta el siglo XVIII se distinguieron por llevar mandil negro y manguitos, como correspondía a quien se movía entre tinteros y plumas. Pero el estar en palacio y tener que asistir a ciertas audiencias terminó imponiendo ciertas formalidades que no siempre eran fáciles de cumplir, porque, después de ciertas horas de trabajo, presentarse en los lugares de recepción con medias limpias, camisa aseada y vestido impoluto resultaba prácticamente imposible para quienes andaban entre tinteros y lacres y debían sacudirse el polvo de no pocos documentos y cartas. Además, estaba la cuestión de las galas que con tanta frecuencia decretaba la casa real, en las cuales, los oficiales debían presentarse con la dignidad que les correspondía, es decir, decentemente vestidos, lo cual, dados los salarios, solo se conseguía «con el sacrificio de otras muchas cosas, tal las mas necesarias»⁵⁰. Envidiaban a los oficiales de los tribunales de justicia que, «con una toga de paño en el invierno y otra de tafetán en el verano», tenían para adornar su persona durante algunos años y a los otros criados de Palacio que llevaban uniforme y recibían ayudas para ello. De ahí que el tenerlo fuera una temprana reivindicación, así como que su provisión corriera a cargo de la administración. En realidad, desde la división de la secretaría de despacho en 1706, los titulares y los miembros estaban acogidos al fuero y privilegios de que gozaban los miembros de la real familia, entre otros el de aposento, pero no fue hasta el Real Decreto de 19 de febrero de 1740 cuando se les concedió de manera específica la dignidad de criados de S. M. complementada por otra posterior de 31 octubre 1744, comunicada por el marqués de Villarias al duque de la Mirándola, por la cual se les autorizaba a llevar uniforme correspondiente a la División Azul y encarnada⁵¹. Según Llaguno y Amirola era similar al de los mariscales de Campo y se siguió utilizando hasta que el marqués de la Ensenada propuso a Fernando VI otro dibujo, más ancho y de mayor apariencia, lo cual se llevó a cabo ya en 1766, con Carlos III, y que se seguía usando a finales del siglo XVIII⁵². Consistía en «bordado de hilo de oro, casaca y calzón azul y vuelta de la casaca encarnada. Forro encarnado, botones de hilo de oro de los que llaman de caracol hasta el talle. Ojales del mismo color de la casaca y chupa respectivamente». En cualquiera de los casos debían ser diseñados por partida doble, cuando no triple, de gala, de media gala y de diario, aparte de los lutos, con lo que la concesión resultó muy cara y los 8000 reales que tenían concedidos

50. *Ibidem*.

51. AGP, Histórica, caja 94

52. Archivo Histórico Nacional [en adelante AHN], Estado, leg. 250; ESCUDERO, *Los secretarios*, III, pp. 933-935.

para adquirirlos y que recibían con el primer nombramiento, insuficientes⁵³. Los titulares, sin embargo, no siempre gustaron de llevarlo, prefiriendo mantener el de gentilhombre, o el del cargo palatino que sirvieran, el propio del grado militar que ostentaran, el de la Orden de Carlos III. Tampoco faltaron quienes, como Villarias, Roda o Galvez, prefirieron no adoptar ninguno. Al concederse a los secretarios de estado y del despacho la calidad y honores de consejeros de estado, cuando por Real Orden de 25 de Julio de 1797 se estableció un uniforme para estos, quedaron automáticamente comprendidos en dicha disposición que establecía fuera «el color de la casaca azul, el de la chupa, calzón y vuelta, encarnado» y el bordado con las distinciones según categoría y tipo de gala⁵⁴.

Más allá de una temprana representación colectiva, el trabajo colectivo en una oficina desarrollaba hábitos comunes de socialización que favorecían la relación entre unos y otros. Uno de ellos era el refresco, la nieve, con que se proveía a los empleados diariamente al llegar el verano o cuando la ocasión lo requería, lo cual contribuía a distender el ambiente. Lo mismo que la comida conjunta en la propia secretaría, que con determinados secretarios llegó a ser habitual, aunque los horarios partidos parecían favorecer lo contrario. Incluso a quienes vivían en Palacio, o en las proximidades, aunque se retiraran después a descansar, esta práctica les resultaba cómoda y favorecía la relación de unos con otros. También lo hacían en determinadas fiestas o fechas señaladas, en las que, a pesar de que había desaparecido la remuneración en especie, la cocina de palacio o las propinas les hacían llegar viandas.

Respecto al sistema de trabajo, las secretarías, desde el decreto de 1717, estaban estructuradas en mesas, que fueron aumentando según lo hacían las competencias. En ellas se procuraban reunir asuntos de similar naturaleza, asignando los oficiales a cada una de ellas, según sus grados. Las había de decretos, encargadas de los asuntos específicos de cada Secretaría, y de registro, dedicadas al control de la documentación que se gestionaba. Entre las primeras, la llamada primera mesa tuvo siempre un papel aglutinador. Corría a cargo del oficial mayor que, al haber pasado por los otros negociados de la secretaría, estaba instruido en casi todos los asuntos. Le competía distribuir los papeles, recogerlos y, al ser el enlace con el secretario, presentar los documentos para la firma e informarle de resoluciones tramitadas por la oficina.

Los oficiales, desde su modestia inicial, terminaron convirtiéndose en verdaderos intermediarios en el gobierno por la vía reservada, ya que debían disponer

53. AGA, AE, caja 39 y Planos 4912-14 y 6876 -6879 y 10813-10814.

54. AGA, AE, caja 39, AHN, Estado, leg. 246/1 y BARRIOS, *op. cit.*, pp. 305 y 557.

de todo cuanto los secretarios necesitaban para despachar con el Rey, lo que suponía, en la práctica, buscar todo tipo de antecedentes, instruir sobre las disposiciones vigentes, advertir sobre sus consecuencias e, incluso, sugerir la forma más conveniente de resolver un asunto. Y una vez que se tomaba una decisión, eran los encargados de trasmitirla, arreglando o graduando la manifestación de la voluntad soberana del Monarca a las formas legales y, también, a las circunstancias concretas de cada momento. De ahí que estas rutinarias competencias fueran adquiriendo más importancia, sobre todo a medida que se delegaban en cadena ciertas parcelas de decisión: el secretario lo hacía en el Oficial Mayor, que, en su ausencia, podía despachar con el Rey⁵⁵. Este, a su vez, distribuía cometidos entre los distintos negociados o mesas en las que se distribuía el personal de su oficina. Si la información y la mediación son poder, no cabe duda que estos oscuros y, en general, discretos oficiales lo tuvieron. Prueba de ello es la importancia creciente que los tratadistas les conceden, de Méndez del Yermo a Mora y Jarabe o Prado y Rozas, y las reflexiones de sus propios titulares de Campillo a Carvajal o de Floridablanca a Aranda. Hubo, además, un temprano reconocimiento externo de su papel, como prueba la creciente afluencia de público a sus oficinas y el consecuente incremento de recomendaciones, diligencias y favores⁵⁶.

4. LA FORMACIÓN Y LAS TRAYECTORIAS PROFESIONALES

El análisis de las plantillas al inicio del reinado de Carlos III refleja algunas características que permiten acercarnos a estas cuestiones. Cada oficina contaba entonces con unos 10 o 12 oficiales, casi todos elegidos por sus superiores⁵⁷. Los más antiguos contaban con cierta experiencia administrativa previa, generalmente en otra secretaría, mientras que los más jóvenes poseían estudios «proporcionados» a los puestos que iban a desempeñar. Así, en Estado estos consistían en «esmerada educación» y «lenguas extranjeras»⁵⁸. En Gracia y Justicia, que era donde las carreras eran más regulares, sin llegar a ser una exigencia legal, la tendencia a que los oficiales que sirvieran estas plazas fuesen juristas resulta evidente⁵⁹. Como lo era el dar entrada a oficiales militares en las de Guerra y Marina e Indias o el buscar a

55. Archivo Histórico Nacional [en adelante AHN], Estado, l, 693.

56. AGA, AE, caja 39.

57. En 1763, dos se habían incorporado a la Secretaría con Sebastián de la Cuadra, Marqués de Villarías, José Agustín de Llano y Juan Chindurza Goitia; cuatro, San Martín Cueto, Bernardo de Campo, Sebastián del Llano y Bernardo Iriarte, eran hombres de Carvajal y tres, Magallón, Azara y Casa, ingresaron con Wall.

58. AHN, Estado, leg. 3416.

59. AHN, Hacienda General, leg. 649.

hombres con alguna experiencia contable, en muchos casos contadores reales, para la de Hacienda. Respecto a sus orígenes familiares, más allá de su origen hidalgo o de su pertenencia a la pequeña nobleza nortea, una mayoría tenía relación de parentesco con personas vinculadas con la administración, incluso dentro de la misma institución, siendo también frecuentes los casos de hijos o nietos de regidores⁶⁰. Que existía una política de colocación consciente de parientes está muy claro, tal y como ha probado Imízcoz para las familias baztanésas⁶¹, así como que estos apoyos se operaban a la hora de preferirlos como meritorios o de facilitar su entrada en los escalones más bajos del escalafón.

Aunque no variaran sus bases de reclutamiento, ni tampoco, en principio, los procedimientos, no cabe duda que el ascenso de los oficiales se vio favorecido a comienzos de la centuria por la política de la nueva dinastía de premiar a sus partidarios y de conformar una nobleza de servicio propia que pusiera en marcha la nueva administración. De manera que hubo continuidades, pero también renovación que vino de mano de dos realidades sobrevenidas: la primera tenía que ver con la transformación del oficio, al procurarse que «cada clase de oficiales participara de la de sus jefes y sus oficinas», y que a los preceptivos conocimientos de «escribir, redactar y dictar», se uniera la comprensión de lo que tenían en las manos, es decir, «penetrar el alma de los expedientes»⁶², lo cual les diferenciaba netamente de los escribanos. Lo cual, unido a la preferencia, por parte de los titulares, de rodearse de «gentes alegres que gusten de vivir entre las gentes»⁶³, capaces de hacer un buen papel en sociedad, no cabe ninguna duda de que se trata de un salto cualitativo. La segunda afectaba a la estructura de la propia oficina, donde el personal, organizado por criterios objetivos de categorías y favorecidos por el hecho de que sus plazas fueran fijas y retribuidas de manera proporcional, disfrutaban de una cierta apropiación del puesto que descansaba no en la concesión, sino en la promoción, lo que favorecía tanto la rivalidad como el estímulo. De esta manera, los antiguos «covachuelistas», revestidos de una nueva dignidad que reposaba en sus conocimientos o méritos, fueron los primeros interesados en intentar una progresiva profesionalización de su actividad y en plantear la necesidad de regular y determinar las pericias que se les exigían, ya que aquellas que se les dispensaban en el seno de sus propias familias o en los centros de enseñanza no bastaban.

60. CADENAS, V. de: *Caballeros de Carlos 3º (1771-1847)*. Madrid. vols. vv.

61. IMIZCOZ, J. M.: «El patrocinio familiar. Parentela, educación y promoción de las élites vasco-navarras», en CHACÓN, F. y HERNÁNDEZ, J.: *Familias, poderosos y oligarquías*. Murcia, 2001.

62. MORA Y JARABA, *op. cit.* y Biblioteca Nacional [en adelante BN], mss. 10534, fol. 7.

63. OZANAM, *op. cit.*, pp. 68-69.

Hasta entonces buena parte de ellos se habían formado con un clérigo, bien en su casa o en la propia y, si tenían recursos, con preceptores de latinidad, clérigos y laicos, unos 4000 a mediados del siglo XVIII, pero mal repartidos⁶⁴. Otros habían asistido a los colegios de gramática y latinidad, regentados por órdenes religiosas. Entre ellos, los de los jesuitas y escolapios eran los de mejor fama, seguidos por los de los benedictinos, agustinos y dominicos⁶⁵. En 1725 se había creado en Madrid el Seminario de Nobles, dependiendo del Colegio Imperial de los jesuitas, el cual, aunque mantenía un programa de estudios tradicional, en el que el latín era la base, se daba entrada a disciplinas como el francés, la filosofía o la física, alternando con habilidades como la danza, la música, la esgrima o la equitación. Las *Constituciones* de 1730 expresaban la voluntad de formar a la juventud española para servir a la patria⁶⁶, y este deseo pervivió después de la expulsión de la Compañía en 1767 cuando, transformado en Reales Estudios de San Isidro, sus enseñanzas quedaron en manos de profesores seculares y de un mariscal de campo, excepto en el breve tiempo que tuvo a su frente al célebre marino Jorge Juan⁶⁷. Por sus aulas pasaron muchos miembros de nobleza media nortea y americana que deseaban para sus hijos un empleo en la corte, pero no estaba en las oficinas de Palacio el puesto que deseaban, a pesar de que sus estudios no resultaban inconvenientes: el catecismo de Fleury y *el arte de escribir* de Palomares, como base y, también, gramática española y latina, la historia universal de Boussuet, geografía y, ya a partir de 1785, inglés, griego y hebreo. Pero ni con los jesuitas ni sin ellos, sus objetivos se cumplieron. Según Soubeyroux, entre 1727 y 1752, el 60% de sus estudiantes que salieron de sus aulas no ocuparon ningún empleo, un 30% escogió carreras militares y apenas un 4% entraban en la administración, mientras que la Casa del Rey acogía al 2%⁶⁸. Esta tendencia se confirma según

64. AGUILAR, *op. cit.*, p. 229.

65. DELGADO CRIADO, B. (coord.): *Historia de la educación en España y América. La educación en la España moderna (Siglos XVI-XVIII)*, vol. 2. Madrid, 1993; BARTOLOÉ MARTÍNEZ, B.: *Historia de la acción educadora de la Iglesia en España, vol. I, Edades Antigua, Media y Moderna*. Madrid, 1995.

66. SIMÓN DÍAZ, *op. cit.*, p. 239.

67. Fue director del Seminario entre 1770-1773. PANDO, J. L.: *Jorge Juan y Santacilia*. Madrid, 1984; PIMENTEL, J.: *Jorge Juan, Mutis y Malaespina, viajeros científicos*. Madrid, 2001; SOLER, E.: *Viajes de Jorge Juan Santacilia en la España del siglo XVIII*. Barcelona, 2002; VIÑAO, A.: «Por un análisis socio-cultural de la élite intelectual y académica: los profesores y bibliotecarios de los Reales estudios de San Isidro (1770-1808)», *Bulletin Hispanique*, 97, 1995, pp. 299-315, y «Les origines du corps professoral en Espagne: les Reales Estudios de San Isidro, 1770-1808», *Paedagogica Historica*, XXX, 1994, pp. 119-174.

68. *Constituciones del Real Seminario de Nobles de Madrid*. Madrid, Imprenta Real, 1799; SIMÓN DÍAZ, *op. cit.*, p. 237 y ss.; SOUBEYROUX, J.: «El Seminario de Nobles de Madrid

los datos elaborados por F. Andujar para los años comprendidos entre 1727/1765 y 1770/1790, periodo este último en el que se produce un ligero aumento de las salidas burocráticas hasta un máximo de 14,50%. Pequeño, si tenemos en cuenta que el 70%, sigue carreras militares⁶⁹.

Tendencia parecida registran los otros seminarios de Nobles⁷⁰. Conocemos bien la organización y los alumnos del de Vergara, inspirado en el de los jesuitas de Viena⁷¹. Eran internados, y para entrar en ellos había que saber leer y escribir. Se estudiaba latín, lenguas modernas, filosofía, matemáticas y física, así como música, danza o esgrima, pero las aspiraciones de sus estudiantes seguían siendo más altas que un puesto de entrada de carácter burocrático. Por el contrario, los Colegios de Guardamarinas de Cádiz, Ferrol o Marín y, más tarde, en el de Artillería de Segovia, los estudios se acoplaban mejor a las nuevas exigencias de las carreras militares que pretendían seguir sus estudiantes, porque cumplían mejor sus expectativas de promoción⁷².

La corona española había tenido y seguía teniendo un importante aparato de gobierno y había incorporado tempranamente a la nobleza a estas funciones, pero al transformarse en una monarquía administrativa las prioridades cambiaron y aumentó la necesidad de personal que cubriera los cuerpos intermedios. No pocos segundones que ya tiempo hacía que habían comprendido que la pluma o el negocio no solo no quitaba lustre a su linaje sino que lo proporcionaba, vieron en ello una nueva oportunidad. Pero ni las viejas instituciones servían para formarlos, ni tampoco las nuevas, de ahí que se practicara un aprendizaje menos reglado, al lado del propio padre o de un pariente, si era posible, colocándose en casa de conocido que desempeñara un puesto en la administración, o bien entrando en la

y la formación de las elites en el siglo XVIII», *Bulletin Hispanique*, 97, 1995, pp. 208-209 y 210-211.

69. ANDUJAR, F.: «El Seminario de nobles de Madrid. Un estudio social», *Cuadernos de Historia Moderna, Anejos III. Ingenios para el mundo: sociedad, saber y educación en la Edad Moderna*, 2004, pp. 201-225. OZANAM, D.: *Les diplomates espagnols du XVIII^e siècle*. Madrid, 1998, pp. 200-201 y 358-359.

70. La *Representación de la Compañía de Jesús a la Monarquía de España sobre la educación de la juventud noble de sus reinos*, de P. Clarke lo refleja bien. MARTÍNEZ ESCALERA, J.: «Los seminarios de nobles», en DELGADO CRIADO, *op. cit.*, pp. 854-855. DELATTRE, P.: *Les établissements des Jésuites en France*. Wetteren, 1955, t. III y BRIZZI, G. P.: *La formazione Della classe dirigente nel Sei-Settecento. I «seminaria nobilium» nell'Italia centro-settentrionale*. Bologna, 1976.

71. CHAPARRO, A.: *Educarse para servir al Rey: el Real Seminario Patriótico de Vergara (1776-1804)*. Vitoria, 2010.

72. HERRERO, M. D.: *La enseñanza militar ilustrada. El Real Colegio de artillería de Segovia*. Segovia, 1990; ANDUJAR, F.: «La educación de los militares en la España del siglo XVIII», *Crónica Nova*, 19, 1991, pp. 31-55; BALAGUER, E. y GIMENEZ, E. (coords.): *Ejército, ciencia y sociedad en la España del Antiguo Régimen*. Alicante, 1995; VALDEVIRA, G.: *Los militares ilustrados del siglo XVIII. Su contribución a las ciencias humanas y sociales*. Madrid, 1996.

de un noble como paje⁷³. Los más afortunados, añadían a esto una salida al exterior, bien a un colegio o acompañando a quienes en su entorno tenían actividades fuera del país. Pero la mayoría, a no ser que pasara a la Universidad, intentaba prolongar su aprendizaje entrando como «meritorios» en una institución, esperando a que se produjera una vacante. A los ojos de muchos, no era un mal sistema, porque se reconocía que los hombres experimentados eran los mejores maestros. Su tutela, además, el riesgo de «probar en lo mas grave», solo aconsejable para «entendimientos sublimes», en que solían incurrir los más novatos⁷⁴.

La educación de los oficiales se movió pues, en el siglo XVIII, entre dos tendencias: una que seguía considerándolos como oficiales de pluma, aunque distinguidos, para los que la caligrafía seguía siendo una pericia indispensable y la experiencia administrativa un mérito, y otra, en parte propiciada por la corona, que intentaba, a través de nuevos establecimientos y materias renovadas, convertir a los «covachuelistas ignorantes», en verdaderos caballeros, tan útiles para el estado como fieles a la dinastía. Un dilema que se plasmó en la polémica entre quienes defendían una educación teórica y los que preferían los conocimientos prácticos que no llegó a resolverse, y en el que irrumpió la conveniencia o no de que tuvieran formación universitaria. En el primer caso entrar como meritorio o entretenido resultaba fundamental, una práctica que, además, fue favorecida por los propios secretarios de estado y del despacho que preferían acoger a hombres jóvenes formados en la propia institución que abrirla a otros que procedieran del exterior, sin la experiencia adecuada. Por el contrario, en el segundo, la entrada se producía en el último puesto del escalafón, para obtener el cual el empujón de entrada resultaba no menos imprescindible que en el caso anterior y, generalmente, se ascendía pausadamente. Meritorios o en nómina, la garantía que suponía el respaldo de alguien de dentro era esgrimida como prueba de su propia fiabilidad y una tácita aceptación de las reglas de funcionamiento y de las prácticas establecidas. Es decir, aunque a un oficial 9º se le presuponía cierta preparación, era visto durante cierto tiempo como un principiante que debía adaptarse tanto al ejercicio diario del oficio como a los procedimientos no reglados de convivencia. Porque el aprendizaje «in situ» era una forma de reforzar la coherencia interna de una oficina, en la que los jefes consideraban a los oficiales como «sus criaturas» y estos, a su vez, quedaban marcados por su «devoción» hacia ellos.

73. Sebastián de la Cuadra, que entró como paje de Grimaldo con 16 años. ZULUAGA, A.: *Sebastián de la Cuadra. Primer marqués de Villarías: secretario de estado en el reinado de Felipe V (1687-1766)*. Santander, 1999.

74. OZANAM, *op. cit.*, p. 69.

La creciente importancia de los estudios universitarios, supuso un significativo giro. Porque no fue solo en Gracia y Justicia, por razón de sus cometidos, sino en las otras secretarías, donde los «oficiales letrados», aunque despertaban muchos recelos, empezaron a hacerse cada vez más presentes⁷⁵. De la misma manera que se fue regulando la figura de quienes se empezaron a llamar «entretenidos», lo que suponía ya un reconocimiento, aunque no llevara dotación económica⁷⁶. Es decir, en algunos departamentos, esta figura se configuró como una verdadera alternativa a la falta de establecimientos educativos específicos.

La estrecha vinculación entre los oficiales de la secretaría de Estado y el ejercicio de la diplomacia favoreció que, en este caso, la profesionalización fuera temprana. Una necesidad ampliamente compartida, pero que tardó en hacerse efectiva. En Francia, en 1712, se había creado la *Académie Politique*, que no pudo sobrevivir a la caída de su fundador, Torcy⁷⁷. Sin embargo, la *Europäische Staatsschule* o *Institutum histórico-politicum*, puesto en marcha por el historiador Shoepflin en la Universidad de Estrasburgo, en 1752, llegó hasta la revolución y fue frecuentada sobre todo por la nobleza, ya que no se dirigía a formación de oficiales, sino de diplomáticos de primer rango⁷⁸. Tampoco las disposiciones del Congreso de Viena, que estructuraron la carrera, homogeneizando los grados y la antigüedad, llegaron a interferir en la formación de los diplomáticos, que dependía de los estados respectivos⁷⁹.

En España, el que se acostumbrara a entregar una colección de tratados con el primer nombramiento puede considerarse un primer signo de especialización, así como la importancia que el conocimiento de lenguas siempre tuvo en esta secretaría. Si no tan determinante como la alternancia de servicios entre la sede madrileña y en el exterior, establecida ya por con Carvajal, la creación por Flori-

75. LÓPEZ-CORDÓN, M. V.: «Las secretarías de Estado y del Despacho: características y problemas», *Chronica Nova*, 22, 1995, pp. 204-209; «Cambio social y poder administrativo en la España del siglo XVIII: las secretarías de Estado y del Despacho», en CASTELLANO, J. L. (coord.): *Sociedad, administración y poder en la España del Antiguo Régimen*. Granada, 1996, pp. 111-130.

76. NAVA, T.: «Del colegio a la secretaría: formación e instrucción de ministros y oficiales...», en MARTÍNEZ RUIZ, E. (coord.): *Poder y mentalidad en España e Iberoamérica*. Madrid, 2000, pp. 441-457.

77. THUILLIER, G.: *La première école d'administration. L'Académie politique de Louis XIV*. Ginebra, 1996.

78. BEAUREPAIRE, P. Y.: «Le rayonnement européen de l'université luthérienne de Strasbourg et de l'école diplomatique de Jean Daniel Schoepflin», en *Le mythe de l'Europe française au xviii^e siècle*. Autrement, 2007, pp. 148-159.

79. Me refiero al *Reglamento del Rango de los Agentes Diplomáticos de 19 de Marzo de 1815*.

dablanca, el 17 de abril de 1785, de plazas de jóvenes de lenguas en las principales legaciones⁸⁰, constituyó ya un primer aprendizaje práctico específico para quienes se empezaban ya a considerarse a sí mismos como oficiales de la carrera. Pero hasta 1816 no llegaron a establecerse procedimientos reglados de entrada, entre los que se incluían un programa de estudios preceptivo para quienes quisieran ingresar en el cuerpo diplomático⁸¹.

5. LA ADMINISTRACIÓN DE LOS HOMBRES DE LETRAS

Plumistas o letrados, formados en el medio familiar o dentro de una institución, la curiosidad intelectual de los oficiales no provenía de sus estudios preliminares, habilidades caligráficas o grados universitarios, sino del «espíritu del siglo». Algunas de sus bibliotecas así lo confirman, lo mismo que sus amistades fuera y dentro de su círculo más inmediato. Que figuren entre los suscriptores de periódicos no es extraño, ya que su actividad les abocaba a ello y la secretaría de Estado se hizo cargo desde 1762 de la impresión de la *Gaceta*, si bien delegando en un administrador, lo mismo que en el *Mercurio*, en el que algunos oficiales de esa oficina ejercieron intermitentemente el papel de editores redactores⁸². El que toda la plantilla recibiera una gratificación a cargo de sus beneficios no es tampoco un detalle menor⁸³. Pero más allá de las relaciones institucionales, también hubo implicaciones personales que iban más allá de cumplir un encargo. Sin duda el más comprometido fue José Clavijo y Fajardo, el inspirador del *Clavijo* de Goethe, que supo compatibilizar una larga carrera administrativa con su vocación de publicista⁸⁴. Desde 1745 en que salió de las islas Canarias ejerció diversos empleos en la administración del Ejército hasta llegar a Madrid, donde Grimaldi le colocó en la Secretaría del Despacho de Guerra. Allí empezó a elaborar el *Estado general, histórico y cronológico del ejército, y ramos militares de la Monarquía* y en 1755 publica sus primeras obras literarias, *Pragmática del celo y desagravio de las damas*

80. La disposición fue desarrollada por una R.O. de 4 de noviembre de 1804.

81. Real Decreto de 17/07/1816, en *Colección de Decretos*, 1816.

82. *La Gaceta*, que desde 1775 se publicaba en la Imprenta Real, siempre tuvo administradores, lo mismo que *El Mercurio*, si bien este contó con redactores que pertenecían a la secretaría como Tomás Iriarte y José Clavijo y Fajardo y revisores nombrados por ella, como el marqués de la Regalia o José Agustín del Llano (ENCISO, L. M.: *Cuentas del Mercurio y la Gaceta*. Valladolid, 1957, pp. 27-34 y 37-42).

83. LÓPEZ-CORDÓN, M. V.: «La Primera Secretaría de Estado: la institución, los hombres y su entorno (1714-1833)», *Revista de la Universidad Complutense*, 116, 1979, pp. 35-36.

84. NÚEZ, S. de la: *José Clavijo y Fajardo (1726-1806)*. Las Palmas, 1990; GUINARD, *op. cit.*, pp. 99-101.

y *El tribunal de las damas*, de tema y estilo estaba muy cercano al periodismo. Después de dedicarse un tiempo a viajar, posiblemente comisionado por la propia secretaría, al poco de volver a Madrid, en 1762, empezó a publicar *El Pensador*, tomando el *Spectator* de Addison como modelo, y con el objetivo de promover los ideales ilustrados recurriendo a la ironía y a la «lícita y laudable» sátira⁸⁵. Su éxito no impidió que fuera suspendido en diciembre de 1763. En este año también, Clavijo, fue nombrado oficial de archivo de la secretaría de Estado, aunque pronto fue cesado como consecuencia del escándalo con la hermana de Beaumarchais. Recuperó, sin embargo, su crédito, reapareciendo su periódico durante unos meses, entre 1766 y finales de 1767. La nueva suspensión no impidió que Grimaldi le encargara la puesta en marcha del *Estado Militar de España*, que apareció conjuntamente con el *Calendario Manual y Guía de Forasteros de Madrid*, y ya en 1773 la dirección del *Mercurio Histórico y Político de Madrid*⁸⁶ que mantuvo hasta 1799. Siguió trabajando para la administración, primero a requerimiento de Campomanes que, en 1767, le nombró oficial mayor de la correspondencia de la ocupación de los bienes de los jesuitas y, ya en 1770, con motivo de la reforma teatral, fue nombrado Director de los Teatros de los Reales Sitios. Creado el Real Gabinete de Historia Natural⁸⁷, en 1771 pasó a trabajar allí, iniciando entonces la traducción de la *Historia Natural* de Buffon. Nombrado vice-director de esa institución en 1786, pasó a dirigirla entre 1794 y 1799, en ausencia del titular. Suya fue la idea de la fundación del Real Estudio de Mineralogía, así como de la publicación, entre 1799 y 1804, de los *Anales de Historia Natural*. Ministro Supernumerario del Tribunal de la Contaduría Mayor del Consejo de Hacienda desde 1799, entre su jubilación en 1802 y su fallecimiento cuatro años más tarde, publicó 4 nuevos volúmenes de su traducción de la obra de Buffon.

La trayectoria político administrativa de Agustín Montiano y Luyando (1697-1764), oficial de la secretaría de Estado, donde alcanzó el grado de mayor y secretario de la Cámara de Gracia y Justicia del Consejo de Castilla, representa mejor el modelo del burócrata ilustrado, sujeto a la disciplina del grado en la oficina, pero revestido de autoridad en el ámbito de la cultura oficial de la época. Amigo de Nicolás Fernández de Moratín, colaborador del P. Sarmiento y protector de su sobrino Eugenio de Llaguno, fue fundador y secretario de la Academia del Buen Gusto que se reunió en casa de la Condesa de Lemos, y uno

85. *El Pensador* por D. Joseph Clavijo y Faxardo: Madrid. Imp. de Joachin Ibarra, MDCCLXII.

86. *Mercurio / Histórico / y Político en que se con tiene el estado presente de la Europa...* Madrid, agosto de 1773, Imprenta Real de la Gaceta.

87. AHN, Fondos M.H, leg. 2. Cartas del Marqués de Grimaldi a don José Clavijo de 1777.

de los introductores del neoclasicismo en España⁸⁸. También fue fundador y el primer director de la Academia de la Historia en 1738. Su condición de oficial de la Secretaría de Estado⁸⁹, le permitió, a través de su jefe, Sebastián de la Cuadra, y de la vía reservada, convertir la Junta que presidía en institución académica y establecer su sede en las dependencias reales⁹⁰.

Su sobrino, Eugenio Llaguno (1724-1799), es también un personaje interesante⁹¹. Inició su carrera en 1752 como oficial 9º de la secretaría de Gracia y justicia, en la que llegó a 3º en 1761. Sin embargo, al pasar a Estado tuvo que hacerlo como 8º, reiniciando el recorrido hasta llegar a oficial mayor en 1780. Secretario de la Junta Suprema de Estado en 1787, al suprimirse esta en 1792 fue nombrado consejero de Estado y promovido a secretario de Gracia y Justicia en 1794, puesto en el que permaneció hasta 1797. Gentilhombre de Cámara de Carlos IV y director de la Academia de la Historia en 1799, murió en ese año⁹². Académico de la de Bellas Artes, miembro de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, autor y editor de obras históricas, también fue el traductor de la *Athalie* de Racine y de la *Crianza física de los niños* de Ballexerd, también escribió una importante obra titulada *Noticias de Arquitectos y Arquitectura de España*, que publicó Ceán Bermúdez en 1829⁹³.

El caso de José Nicolás de Azara (1730-1804), muestra bien las muchas oportunidades que se abrían a un oficial de la secretaría de Estado, gracias a los servicios en el exterior. Allí entró en 1763, después de haber estudiado leyes en Huesca y Salamanca. Dos años después, siendo oficial 6º, fue enviado a formarse a la embajada de Roma en la que permaneció 33 años, primero como procurador general y de 1785 a 1798 como embajador. Involucrado en la supresión de los jesuitas por Clemente XIV, en 1773, también tuvo un papel importante en la negociación de la Paz de Basilea en julio de 1795 entre España y Francia. Embajador de España en París desde 1798, firmó en marzo de 1802 la Paz de Amiens y también llevó las negociaciones del Tercer tratado de San Ildefonso entre España y Francia, de 1800.

88. FERNÁNDEZ CABEZÓN, R.: *La obra literaria de D. Agustín Montiano y Luyando (1697-1764)*. Valladolid, 1989.

89. Oficial mayor de la secretaría de Estado en 1743 y director de la Academia desde 1738, con la dignidad de perpetuo por R.C. 9-VIII-1745, compaginó este cargo con el de secretario de la Cámara de Gracia y Justicia del Consejo de Castilla, hasta su fallecimiento en 1764.

90. Primero estuvo en la Real Biblioteca y, más tarde, en el Real Cuarto de la Casa de la Panadería.

91. ÁNGULO MORALES, A.: *Eugenio Llaguno y Amírola, 1724-1799*. Vitoria, 1994.

92. Fichoz n.º rº 000439.

93. LLAGUNO Y AMÍLORA, E.: *Noticias de arquitectos y arquitectura de España...*, t. I. Madrid, Imprenta Real, 1829.

En noviembre de 1803 fue depuesto como embajador y murió poco después. Azara no solo fue un diplomático importante, sino coleccionista de arte y mecenas, así como traductor y editor. En Italia formó una valiosa colección arqueológica que regaló a Carlos IV y que hoy se encuentra repartida en la Casita del Labrador en Aranjuez y el Museo del Prado. Aunque su mejor pieza, el *Hermes de Azara*, se la donó a Napoleón y está en el Louvre. Fue protector del pintor Raphael Mengs y amigo del impresor parmesano Bodoni, de quien logró para la Imprenta Real de Madrid el primer juego completo de sus matrices fuera de Parma⁹⁴.

También oficial de la secretaría de Estado y licenciado en derecho por Salamanca, fue el bilbaíno Mariano Luis de Urquijo (1768-1817)⁹⁵. Introducido en la tertulia de la marquesa de Montijo, en 1791, por su amigo el poeta Meléndez Valdés, traductor de *La muerte de César de Voltaire*, en plena polémica sobre el teatro dieciochesco, gracias al conde de Aranda, entró en 1792 en la Secretaría de Estado como oficial noveno. Seis años más tarde era ya oficial mayor, después de haber estado unos meses en Londres como secretario de la embajada española. La enfermedad del titular, Saavedra, hizo que Carlos IV le habilitara como secretario de estado en agosto de 1798 y, posteriormente, le nombrara para el puesto. Como titular de la diplomacia española, Urquijo mantuvo los compromisos con el Directorio, pero fue muy crítico con su política. También impulsó reformas de carácter ilustrado y, en la línea de los jansenistas españoles, aprovechó la muerte de Pío VI para culminar la política regalista que propugnaban con un célebre decreto que supeditaba a los obispos españoles al monarca. La caída del Directorio el 9 de noviembre de 1799 y el ascenso de Napoleón, al cual no había ahorrado algunas críticas, le supusieron nuevos problemas, a los que se añadieron, tras la proclamación de Pío VII, una serie de intrigas entre Godoy y el nuncio Cassoni. En consecuencia, Carlos IV lo cesó en diciembre de 1800. Desterrado a Bilbao, Urquijo fue actor involuntario de los alborotos de la «Zamacolada» y fue de nuevo procesado, debiendo abandonar la villa. En 1808, después de advertir infructuosamente a Fernando VII del peligro que suponía ir al encuentro de Napoleón a Bayona, asistió como diputado a aquella Asamblea de Bayona, de la que fue secretario, participando en la redacción de aquella Constitución. A partir de entonces colaboró con José I y ocupó, entre otros cargos, la cartera ministerial de Estado. En 1813, tuvo que exilarse de España,

94. Sobre Azara ver el «Estudio preliminar» de GIMENO PUJOL, M. D.: *Epistolario (1784-1804)*. Madrid, 2010, pp. XII-CXXVIII.

95. LÓPEZ-CORDÓN, M. V.: «Un Ilustrado en la encrucijada: Mariano Luis de Urquijo (Discurso pronunciados con motivo del Acto de Ingreso de María Victoria López Córdón Cortezo en la RSBAP)», *Nuevos extractos de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País. Suplemento del Boletín de la RSBAP*, 20, 2013, pp. 10-70.

instalándose en París, donde murió en 1817. Dueño de una importante biblioteca que fue requisada dos veces, destacado coleccionista de pintura y animador de tertulias y salones, sin embargo, su formación salmantina y su experiencia en la secretaría hicieron de él, a ojos de su oficial mayor, un ministro de «despacho rapidísimo», que entendía «pronto y concebía y ponía fácilmente resoluciones concertadas» lo cual ahorra «a la secretaría y a los expedientes gran trabajo de preparación y grandes rodeos perjudiciales»⁹⁶.

Trayectorias poco comunes las de estos cuatro personajes, por las muchas vertientes no burocráticas de su actuación y la relevancia de los puestos que desempeñaron, pero que se distinguieron por mantener siempre la disciplina de su oficio originario y la precisión conceptual y de escritura de quien está acostumbrado a hacer informes. Como ellos, hubo otros muchos que compatibilizaron puesto administrativo y tareas eruditas, no solo en la Academia de la Historia, donde este grupo concreto está bien representado, sino también en la de la Lengua o en la de Bellas Artes, que tenía vínculos estatutarios con la Secretaría de Estado⁹⁷. Por su parte, la Real Biblioteca, compartía con las secretarías bibliotecarios y traductores. Pero más allá de los casos concretos, lo interesante es el proceso, porque los oficiales, revestidos del prestigio social del saber, supieron simultanear las relaciones jerárquicas de las plantillas administrativas con las horizontales propias de las corporaciones eruditas, apoyándose en la autoridad conseguida en estas para progresar en su carrera. Revestido de un perfil intelectual, el antiguo covachuelista dejó de serlo, de manera que, reconocidos literatos que procedían de familias burocráticas, no dudaron en buscar puestos administrativos, al fin y al cabo de pluma, que les permitieran vivir en la corte y obtener ingresos más seguros, como los casos de los Moratín o y los Iriarte ejemplarizan. Otros, como Tomás López o Juan Bautista Muñoz, gracias al marco institucional de las secretarías, pudieron desarrollar su trabajo científico en condiciones más favorables⁹⁸.

El primero en la de Estado que, antes de crearse el Gabinete Geográfico en 1796, guardaba en su biblioteca obras imprescindibles de consulta, manuscritos,

96. GARCÍA DE LEÓN Y PIZARRO, J.: *Memorias*. Madrid, 1998, p. 91.

97. NAVA, M. T.: *Reformismo ilustrado y americanismo. La Real Academia de la Historia 1735-1775*, Tesis Doctoral. Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 1988, pp. 770 y ss.; *Memorias de la Academia española*. Madrid, 1870; BÉDAT, C.: *L'Académie des Beaux-Arts de Madrid, 1744-1808*. Toulouse, 1974.

98. MANSO PORTO, C.: *Cartografía del siglo XVIII. Tomás López en la Real Academia de la Historia*. Madrid, RAH, Departamento de Cartografía y Artes Gráficas, 2006; MARTÍN LÓPEZ, J.: *Cartógrafos españoles*. Madrid, 2001; BAS MARTÍN, N.: *El cosmógrafo e historiador Juan Bautista Muñoz (1745-1799)*. Valencia, 2002.

crónicas antiguas, documentos de Cortes y otros, procedentes de archivos eclesiásticos y de negociaciones extranjeras⁹⁹. Uno de los primeros objetivos que se propuso como institución fue llevar a cabo una recopilación de tratados, en la línea de la que se estaba formando en otros países, a lo que se dedicó J. Antonio Abreu y Bertodano, marqués de la Regalía, autor de la *Colección de tratados de paz, alianza y neutralidad...*¹⁰⁰, la primera realizada en España. El segundo en la de Indias, cuya biblioteca guardaba muchos impresos y manuscritos pertenecientes al Consejo, que allí se inventariaron¹⁰¹. J. B. Muñoz fue el oficial a quien se comisionó para adquirir nuevos libros, con lo que los fondos aumentaron considerablemente. Otro oficial y archivero, Ayala, secretario de la Junta del Nuevo Código de Indias, jugó un papel fundamental en la recopilación de la *Colección de Cédulas y de Consultas y en el Diccionario de Gobierno y Legislación*. En el despacho de Guerra, uno de sus oficiales, J. Portugués, llevó a cabo la *Colección General de las Ordenanzas Militares*¹⁰². En esta línea, el secretario de Gracia y Justicia, Roda, en 1776, expuso al Consejo la conveniencia de la formación de un código penal, comisionando a otro oficial, Lardizabal, para la empresa¹⁰³. Y en 1785, el conde de Floridablanca, titular entonces también de ese despacho, confió a F. J. de Santiago Palomares, oficial del archivo de la Primera Secretaría, la realización de un *Prontuario o Noménclator de los pueblos de España* que recogiera, sobre la base de la información remitida por los intendentes, la organización territorial civil y la división jurisdiccional y fiscal de España¹⁰⁴.

Pero no se trata de hacer una relación de personajes o de realizaciones eruditas, impulsadas o desarrolladas desde las Secretarías, sino de llamar la atención sobre un nuevo entramado de poder del que burócratas y eruditos forman parte. Si por un lado hay una cierta conexión entre el disciplinado ejercicio burocrático y

99. BECKER, J.: «Algunos manuscritos de la Biblioteca del Ministerio de Estado», B.R.A.H. t. LXXV, 1919, pp. 431-488 y SANTIAGO RODRÍGUEZ, M.: *Los manuscritos del Archivo general y Biblioteca del Ministerio de Asuntos Exteriores*. Madrid, 1974.

100. Madrid, 1749-52, 4 vols.

101. El inventario fue publicado por MANZANO, J.: «Un compilador indiano. Manuel José de Ayala», *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, 1934-35, t. XVIII, apen. I, pp. 38-75.

102. Madrid, 1746-1765, 10 vols. y *Recopilación de Ordenanzas militares*. Madrid, 1764, 5 vols.

103. SEMPERE Y GUARINOS, J.: *Biblioteca de los mejores escritores del reinado de Carlos III*, V. III. Madrid, 1786, p. 175. Sobre Lardizabal, ELORZA, A.: *La ideología liberal en la Ilustración española*. Madrid, 1970, pp. 93 y ss.

104. GARRIGÓS PICÓ, E.: «Organización territorial a fines del Antiguo Régimen», en ARTOLA, M. (coord.): *La economía española a finales del Antiguo Régimen. IV. Instituciones*. Madrid, 1982, pp. 45 y ss.

las reglas de las nuevas disciplinas, de otro, al encarnarse ambas en un mismo sujeto se complementan. Porque antes de que se hicieran literatos para ser políticos, se hicieron plumistas para ser literatos¹⁰⁵.

6. UN ESTILO DE VIDA BUROCRÁTICO

Cultos, educados y curiosos, pero también llenos de prejuicios y extremadamente sensibles a cuanto afectara a su dignidad, los burócratas que poblaban las oficinas reales fueron hombres del Antiguo Régimen, que compartieron los prejuicios estamentales como el sentido del honor, la restricción matrimonial y el afán por patrimonializar el oficio. Pero, también fueron individuos permeables a los criterios del siglo, cuyo comportamiento y sociabilidad cada vez se fue adecuando más a los de la burguesía emergente, aprendiendo a conjugar valores profesionales y mundanos, utilizando sus habilidades en favor propio y de un estado renovado que empezaba a trascender la figura intangible, pero también mortal, del rey. Desde su modesto oficio de pluma inicial, fueron ganando espacios de actuación que les dignificaban y conformando unos modos de obrar que les distinguieron del resto. Porque, en alguna medida, el trabajo de «papeles» tuvo su impronta sobre la manera de actuar, pensar y sentir de quienes, siendo distintos muchas veces en origen, fortuna y capacidades, se vieron favorecidos por el creciente prestigio de la institución de que formaban parte que, al dignificar sus empleos, fue modificando su estilo de vida. Dentro de ese entorno material ingrato que era la covachuela, la convivencia obligada forjó amistades, estrechó los lazos del parentesco y, en no pocas ocasiones, hizo que se compartieran inquietudes y proyectos. Y también se alimentaban rencores y enemistades igualmente duraderas. Afectos y desafectos que no borraran la impronta sobre todos ellos de un capital cultural y lingüístico muy similar.

¿Hubo un verdadero estilo de vida burocrático? Hidalgos de mayor o menor fortuna, todos mejoraron su posición social a partir del ingreso en las secretarías, debido a tres cosas: *la integración en la corte, la evolución del oficio y los vínculos que supieron establecer con otras instituciones, administrativas, eruditas o de sociabilidad*. Nada lo expresa mejor que el *reconocimiento externo* que recibieron del propio rey, explícito en la concesión de títulos¹⁰⁶ y cargos cortesanos, pero también en la presencia de titulados, como el Marqués de Hinojosa, el Conde

105. ÁLVAREZ BARRIENTOS, J. (coord.): *Se hicieron literatos para ser políticos. Cultura y política en la España de Carlos IV y Fernando VII*. Madrid, 2004.

106. Así, Cuadra, Campos o Llano fueron marqueses de Villarias, del Campo y del Llano.

de Yoldi o el de Castañeda¹⁰⁷, en los escalones de entrada. O en la concesión de hábitos de las Ordenes Militares, especialmente, de la de Carlos III¹⁰⁸.

Que este reconocimiento exterior fortaleció la conciencia de la propia dignidad, esta claro en la aparición de *creciente sentido de cuerpo*, que se vio favorecido por una serie de medidas complementarias, como el relativo control de la promoción interna o la rápida incorporación a los recién creados Montepíos¹⁰⁹. Formados según el modelo de los militares, eran para ministros de tribunales superiores, pero una disposición posterior permitió incorporar los oficiales de las seis secretarías del despacho, «por el celo con que sirven en sus empleos de tanta confianza». En los estatutos se estableció como condición que los ministros y empleados que se casaran, para tener derecho al Montepío, pidiesen «licencias a sus respectivos jefes, explicando la nobleza y las circunstancias de la novia» porque si estos no las concedían, «las viudas no tendrán derecho a ninguna ventaja»¹¹⁰. Se trataba de una importante medida de control, sobre un colectivo bastante endogámico, en el que la proporción de solteros era muy alta y el matrimonio tardío frecuente¹¹¹. Lo novedoso era que, en contra de lo que era habitual, la responsabilidad del permiso no recaía en la Cámara de Castilla, sino en los superiores, es decir, los propios Secretarios de Estado, lo que reforzó el control interno¹¹².

Estas prácticas, unidas a la asidua comunicación entre el Secretario y sus oficiales, generó un peculiar estilo de relación que caracterizó la vida de estas oficinas, basado más en la «devoción» que en la amistad. Aunque sus subordinados se dirijan a él con expresiones como dueño y señor, cada vez es más frecuente el empleo de una denominación mucho más aséptica como la de «jefe». Detrás de la relación jerárquica aparece, con frecuencia, una cierta compenetración con su «proyecto», lo que divide en ocasiones a las oficinas en «tendencias» y «hechuras» de distinto matiz, un creciente partidismo que fue aumentando a medida que lo hacía el papel político del titular del Departamento. Nada de esto afectó demasiado a los currículos que siguieron siendo regulares, al menos hasta la última etapa de

107. El primero, Fernando Nestares, en 1763 era oficial 6º en Gracia y Justicia y el segundo, Pedro Ignacio de Lamo, en 1786, ingresó como oficial 9º en Estado.

108. CADENAS, V.: *Caballeros de Carlos 3º (1771-1847)*. Madrid. vols. vv.

109. Los militares fueron establecidos el 20 de abril de 1761. Los del Ministerio por R. Cédula de 8-IX-1763.

110. La cita corresponde al *Reglamento para el gobierno del Monte Pío*. Madrid, 1763, p. 19. y 31.

111. Este fue el caso de José de Hevia (A.M.A.E. P. Leg.175, exp. 9244).

112. Una RO de 1788 estableció que no hubiera beneficios si el casamiento tenía lugar cumplidos los 60 años de edad, lo cual no entró en vigor hasta casi diez años más tarde (RO. 19- V- 1797).

Carlos IV. Incluso después de 1808, las fidelidades personales jugaron un papel casi tan importante como las opciones ideológicas¹¹³.

¿Se inició un proceso de caracterización antropológica de un tipo humano conformado por su quehacer cotidiano? Y no me estoy refiriendo tanto a un prototipo ideal, al modo del *homo burocráticus* de Weber, sino a los efectos que sobre sujetos concretos, arraigados en un medio y en un tiempo, tiene el desempeño de tareas regladas que crean hábitos intelectuales y físicos que resulta imprescindible conocer. Yo no me atrevería a parafrasear la frase de Bergson que Bourdieu eligió para encabezar uno de sus ensayos¹¹⁴, pero sí a señalar que se necesitan muchas generaciones de covachuelistas oscuros, aplicados de manera rutinaria su oficio de pluma, para que de ellos nazca ese modelo de caballero distinguido, culto y uniformado, capaz de cumplir sus rutinas, pero también de brillar en sociedad, que fue el oficial ilustrado.

¿Fue la administración, desde el punto de vista de su estructura interna, una institución de disciplinamiento social como lo fue la escuela o el ejército?¹¹⁵. Me atrevería a decir que sí, ya que poseía un conjunto de instrumentos, convenciones, técnicas y procedimientos, desde la jerarquía a la lealtad institucional, de la expresión escrita a la búsqueda documental, que fueron conformando un espíritu corporativo y una conciencia de la propia valía que puede considerarse profesional. Por eso resulta importante entender como parte de un mismo proceso las decisiones que se toman desde el poder y la acción de los actores secundarios que las ponen en marcha. En este sentido es cierto que, la llegada de los Borbones, distorsionó, unificando y regularizando, la antigua planta de la monarquía de los reinos, pero tan importante como ese nuevo paradigma, en el que los secretarios fueron suplantando a los consejos, mientras que capitanes generales, oidores, intendentes y corregidores se iban haciendo con el control del territorio, fue la emergencia del grupo social de los administradores, cuyo peso se fue imponiendo no solo en el ámbito que le era propio, sino en la propia vida intelectual y cultural española. Que la combinación de «experiencia y ejercicio»¹¹⁶ terminó conformando un perfil definido de persona y oficio, lo prueban bien los muchos manuales, unos serios y otros irónicos, que circularon sobre cómo llegar a ser un perfecto oficial.

113. RD 14-VI-1834 y «Repartimiento de negociados...» (agosto 1835). AGA, AE, caja 39.

114. «Hacen falta siglos de cultura para producir un utilitario como Stuart Mill», BOURDIEU, P.: «La fabrique de l'habitus économique», *Actes de la recherche en sciences sociales*, 150, 2003, pp. 79-90.

115. FOUCAULT, M.: *Vigilar y castigar. El nacimiento de la prisión*. Madrid, 1996.

116. *El secretario de Estado y del Despacho instruido. Su origen en España, sus funciones, ejercicio, máximas y manejo...*, op. cit., pp. 1259-1260.

7. BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ BARRIENTOS, J. (coord.): *Se hicieron literatos para ser políticos. Cultura y política en la España de Carlos IV y Fernando VII*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2004.
- ANDUJAR, F.: «La educación de los militares en la España del siglo XVIII», *Crónica Nova*, 19, 1991, p. 31-55.
- ANDUJAR, F.: «El Seminario de nobles de Madrid. Un estudio social», *Cuadernos de Historia Moderna, Anejos III. Ingenios para el mundo: sociedad, saber y educación en la Edad Moderna*, 2004, pp. 201-225.
- ANGULO MORALES, A.: *Eugenio Llaguno y Amírola, 1724-1799*. Vitoria, Diputación Foral de Álava, 1994.
- BADORREY, B.: *Los orígenes del Ministerio de Asuntos Exteriores (1714-1808)*. Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, 1999.
- BALAGUER, E. y GIMÉNEZ, E. (coords.): *Ejército, ciencia y sociedad en la España del Antiguo Régimen*. Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Alber, 1995.
- BARTOLOMÉ MARTÍNEZ, B.: *Historia de la acción educadora de la Iglesia en España, vol. I, Edades Antigua, Media y Moderna*. Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1995.
- BAS MARTÍN, N.: *El cosmógrafo e historiador Juan Bautista Muñoz (1745-1799)*. Valencia, Universidad de Valencia, 2002.
- BEAUREPAIRE, P.: «Le rayonnement européen de l'université luthérienne de Strasbourg et de l'école diplomatique de Jean Daniel Schoepflin», en BEAUREPAIRE, P.: *Le mythe de l'Europe française au XVIII^e siècle*. París, Autrement, 2007, pp. 148-159.
- BECKER, J.: «Algunos manuscritos de la Biblioteca del Ministerio de Estado», *B.R.A.H.* 75, 1919, pp. 431-488.
- BÉDAT, C.: *L'Academie des Beaux-Arts de Madrid, 1744-1808*. Toulouse, Le Mirail, 1974.
- BENITO, E. de: «La Junta del Bureo», *Cuadernos de Historia del Derecho*, 1, 1994, pp. 49-124.
- BERMÚDEZ DE PEDRAZA, F.: *El secretario del Rey*. Madrid, imp. Sánchez, 1620.
- BERNARD, G.: *Le Secrétariat d'Etat et le Conseil Espagnol des Indes, 1700-1808*. Génova, Librairie Droz, 1972.
- BERMEJO, J. L.: *Estudios sobre la administración central española (siglos XVII y XVIII)*. Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1982.
- BOURDIEU, P.: «Efectos de lugar», en BOURDIEU, P. (dir.): *La miseria del mundo*. Madrid, Akal, 1999, pp. 119-124.
- BOURDIEU, P.: *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona, Anagrama, 1997.
- BOURDIEU, P.: «La fabrique de l'habitus économique», *Actes de la recherche en sciences sociales*, 150, 2003, pp. 79-90.
- BRIZZI, G. P.: *La formazione della classe dirigente nel Sei-Settecento. «I seminaria nobilium» nell'Italia centro-settentrionale*. Bolonia, Il mulino 1976.
- CADENAS, V.: *Caballeros de Carlos 3º (1771-1847)*. Madrid. vols. vv.
- CARVAJAL Y LANCASTER, J. de: *Testamento político o idea de un gobierno católico (1745)*: DELGADO BARRADO, J. M. (ed.). Córdoba, Universidad, 1999.

- CASTRO, C.: *A la sombra de Felipe V. José de Grimaldo, ministro responsable (1703-1726)*. Madrid, M. Pons, 2004.
- CASTRO, C.: *El consejo de Castilla en la Historia de España (1621-1768)*. Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 2015.
- Constituciones del Real Seminario de Nobles de Madrid*. Madrid, Imprenta Real, 1799.
- CHAPARRO, A.: *Educarse para servir al Rey: el Real Seminario Patriótico de Vergara (1776-1804)*. Vitoria, Universidad del País Vasco, 2010.
- DECIMON, R., SCHAUB, J. F. y VINCENT, B. (coords.): *Les figures de L'administrateur*. París, EHESS, 1997.
- DEDIEU, J. P.: *Après le roi. Essai sur l'effondrement de la monarchie espagnole*. Madrid, Casa de Velazquez, 2010.
- DEDIEU, J. P. y RUÍZ, J. I.: «Tres momentos en la historia de la Real hacienda», *Cuadernos de Historia Moderna*, 15, 1994, pp. 77-98.
- DELATTRE, P.: *Les établissements des Jésuites en France*. Wetteren, Enghien, 1955.
- DELGADO CRIADO, B. (coord.): *Historia de la educación en España y América. La educación en la España moderna (Siglos XVI-XVIII)*. Madrid, Morata, 1993, vol. 2.
- El Pensador por D. Joseph Clavijo y Faxardo*. Madrid, Imp. de Joachin Ibarra, 1763.
- ENCISO, L. M.: *Cuentas del Mercurio y la Gaceta*. Valladolid, Seminario de Historia, 1957.
- ELORZA, A.: *La ideología liberal en la Ilustración española*. Madrid, Tecnos, 1970.
- ESCUDERO, J. M.: *Los orígenes del Consejo de Ministros en España*. Madrid, Ed. Nacional, 1970.
- ESCUDERO, J. M.: *Los secretarios de Estado y del Despacho (1474-1724)*. Madrid, 1969, 4 vols.
- FAYARD, J.: *Les membres du Conseil de Castille à l'époque moderne (1621-174)*. Génova, Librairie Droz, 1979.
- FERNÁNDEZ CABEZÓN, R.: *La obra literaria de D. Agustín Montiano y Luyando (1697-1764)*. Valladolid, Diputación Provincial, 1989.
- FOUCAULT, M.: *Vigilar y castigar. El nacimiento de la prisión*. Madrid, Siglo Veintiuno Editores, 1996.
- GARCÍA INDA, A.: «Introducción. La razón del derecho: entre habitus y campo», en BOURDIEU, P.: *Poder, derecho y clases sociales*. Bilbao, Desclée de Brouwer, 2000, pp. 9-60.
- GARCÍA MARÍN, J.: *La burocracia castellana bajo los Austrias*. Madrid, Inst. Nacional de Administración Pública, 1986.
- GARCÍA DE LEÓN Y PIZARRO, J.: *Memorias*, ALONSO CASTRILLO, A. (ed.). Madrid, CEP y C, 1998.
- GARRIGÓS PICÓ, E.: «Organización territorial a fines del Antiguo Régimen», en ARTOLA, M. (coord.): *La economía española a finales del Antiguo Régimen. IV. Instituciones*. Madrid, Universidad Carlos III, 1982.
- GIMENO PUJOL, M. D.: *Epistolario (1784-1804)*. Madrid, Castalia, 2010.
- GÓMEZ GÓMEZ, M.: *Forma y expedición del documento en la secretaría de Estado y del Despacho de Indias*. Sevilla, Universidad, 1993.

- GÓMEZ GONZÁLEZ, I.: *La justicia en Almoneda. La venta de oficios en la Chancillería de Granada (1505-1834)*. Granada, Comares, 2000.
- GÓMEZ RIVERO, R.: *El ministerio de Justicia en España (1714-1807)*. Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1999.
- HAMER FLORES, A.: *El secretario del despacho D. Antonio de Ubilla y Medina, Su vida y su obra (1643-1726)*. Córdoba, Universidad, 2013.
- HENRY, A.: *El oficinista instruido, o práctica de oficinas reales*. Madrid, Imp. J. Collado, 1815.
- HERRERO, M. D.: *La enseñanza militar ilustrada. El Real Colegio de artillería de Segovia*, Segovia, Academia de Artillería de Segovia, 1990.
- IMIZCOZ, J. M.: «El patrocinio familiar. Parentela, educación y promoción de las élites vasco-navarras», en CHACÓN, F. y HERNÁNDEZ, J.: *Familias, poderosos y oligarquías*. Murcia, Universidad, 2001, pp. 93-130.
- JOVELLANOS, M. G.: *El delincuente honrado*. Madrid, Cátedra, 2008.
- LÓPEZ-CORDÓN, M. V.: «Cambio social y poder administrativo en la España del siglo XVIII: las secretarías de Estado y del Despacho», en CASTELLANO, J. L. (coord.): *Sociedad, administración y poder en la España del Antiguo Régimen*. Granada, Universidad, 1996, pp. 111-130.
- LÓPEZ-CORDÓN, M. V.: «Un Ilustrado en la encrucijada: Mariano Luis de Urquijo (Discurso pronunciados con motivo del Acto de Ingreso de María Victoria López-Cordón Cortezo en la RSBAP)», *Nuevos extractos de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País. Suplemento del Boletín de la RSBAP*, 20, 2013, pp. 10-70.
- LÓPEZ-CORDÓN, M. V.: «Instauración dinástica y reformismo administrativo: la implantación del sistema ministerial», *Manuscripts*, 18, 2000, pp. 93-111.
- LÓPEZ-CORDÓN, M. V.: «Officiers et caballeros: l'éducation de la noblesse de robe en Espagne au XVIII^e siècle», en BOUNEAU, C. y LE MAO, C. (dirs.): *Jeunesse(s) et élites: des rapports paeadoxaaux en Europe*. Rennes, Presses Universitaires, 2009, pp. 77-88.
- LÓPEZ-CORDÓN, M. V.: «El Palacio Real como centro administrativo», en *III Curso de Archivos e Historia*. Madrid, 1994.
- LÓPEZ-CORDÓN, M. V.: «La Primera Secretaría de Estado: la institución, los hombres y su entorno (1714-1833)», *Revista de la Universidad Complutense*, 116, 1979, pp. 15-44.
- LÓPEZ-CORDÓN, M. V.: «Las secretarías de Estado y del Despacho: características y problemas», *Chronica Nova*, 22, 1995, pp. 185-209.
- LÓPEZ-CORDÓN, M. V.: «Secretarios y secretarías en la edad moderna», *Studia Historica. Historia Moderna*, 15, 1996, pp. 107-134.
- LOSADA, M.: *El Palacio ideal...* Madrid, 1740.
- MANSO PORTO, C.: *Cartografía del siglo XVIII. Tomás López en la Real Academia de la Historia*. Madrid, RAH, Departamento de Cartografía y Artes Gráficas, 2006.
- MANZANO, J.: «Un compilador indiano. Manuel José de Ayala», *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, 18, 1934-35, pp. 38-75.
- MARTÍN LÓPEZ, J.: *Cartógrafos españoles*. Madrid, Ministerio de Fomento, 2001.
- MARTÍNEZ ROBLES, M.: *Los oficiales de las secretarías de la Corte bajo los Austrias y los Borbones, 1517-1812*. Madrid, Inst. N. Administración Pública, 1988.

- Memorias de la Academia española*. Madrid, Imprenta y Estereotipia de M. Rivadeneyra, 1870.
- Mercurio / Histórico / y Político en que se con tiene el estado presente de la Europa...*
Madrid, Imprenta Real de la Gaceta, 1773.
- MOLAS RIBALTA, P.: *Los Magistrados de la Ilustración*. Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 2001.
- NAVA, T.: «Del colegio a la secretaría: formación e instrucción de ministros y oficiales...», en MARTÍNEZ RUIZ, E. (coord.): *Poder y mentalidad en España e Iberoamérica*. Madrid, Ediciones Puertollano, 2000, pp. 441-457.
- NAVA, T.: *Reformismo ilustrado y americanismo. La Real Academia de la Historia 1735-1775*. Madrid, Universidad Complutense de Madrid, Tesis Doctoral, 1988.
- Novísima Recopilación de las Leyes de España*. Madrid, Imprenta Real, 1804.
- NUEZ, S. de la: *José Clavijo y Fajardo (1726-1806)*. Las Palmas, Ed. del Cabildo Insular de Gran Canaria, 1990.
- OZANAM, D.: *La diplomacia de Fernando VI. Correspondencia entre Carvajal y Huescar*. Madrid, CSIC, 1975.
- OZANAM, D.: *Les diplomates espagnols du XVIII^e siècle*. Madrid, Casa de Velazquez, 1998.
- PANDO, J. L.: *Jorge Juan y Santacilia*. Madrid, 1984.
- PIMENTEL, J.: *Jorge Juan, Mutis y Malaespina, viajeros científicos*. Madrid, S. L. Nivola Libros y Ediciones, 2001.
- PRADO Y ROZAS, P.: *Reglas para oficiales de secretarías...* Madrid, 1755.
- Recopilación de Ordenanzas militares*. Madrid, 1764, 5 vols.
- SAINT SIMON, duc de: *Cuadro de la Corte de España en 1722*. Madrid, Tip. de Archivos, 1933.
- SAINT-SIMON, duc de: *Mémoires*, ed. BOILISTE, A. París, Hachette, 1901.
- SANTIAGO RODRÍGUEZ, M.: *Los manuscritos del Archivo general y Biblioteca del Ministerio de Asuntos Exteriores*. Madrid, Escuela Diplomática, 1974.
- SEMPRE Y GUARINOS, J.: *Biblioteca de los mejores escritores del reinado de Carlos III*, V. III. Madrid, 1786.
- SOLER PASCUAL, E.: *Viajes de Jorge Juan Santacilia: Ciencia y Política en la España del siglo XVIII*. Barcelona, S.A. Ediciones B, 2002.
- SOUBEYROUX, J.: «El real Seminario de Nobles de Madrid y la formación de las elites en el siglo XVIII», *Bulletin Hispanique*, 97, 1995, pp. 201-212.
- THUILLIER, G.: *La première école d'administration. L'Académie politique de Louis XIV*. Genève, Droz, 1996.
- VALDEVIRA GONZÁLEZ, G.: *Los militares ilustrados del siglo XVIII. Su contribución a las ciencias humanas y sociales*. Madrid, Ministerio de Defensa, 1996.
- VIÑAO, A.: «Les origines du corps professoral en Espagne: les Reales Estudios de San Isidro, 1770-1808», *Paedagogica Historica*, XXX, 1994, pp. 119-174.
- VIÑAO, A.: «Por un análisis socio-cultural de la élite intelectual y académica: los profesores y bibliotecarios de los Reales estudios de San Isidro (1770-1808)», *Bulletin Hispanique*, 97, 1995, pp. 299-315.
- ZULUAGA CITORES, A.: *Sebastián de la Cuadra. Primer marqués de Villarías: secretario de estado en el reinado de Felipe V (1687-1766)*. Santander, Ediciones Tantín, 1999.